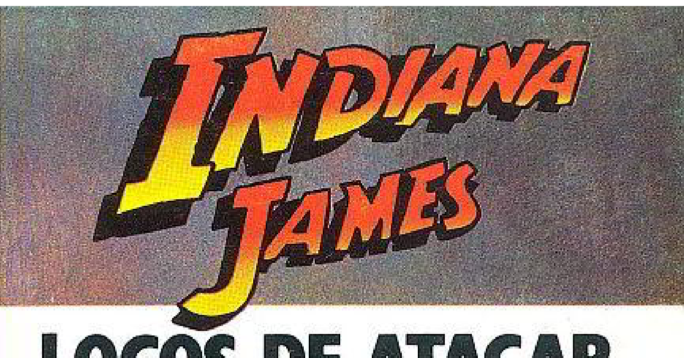




LOCOS DE ATACAR

Indiana James asiste a un combate de boxeo en Las Vegas invitado por uno de los púgiles que es amigo suyo. La pelea se convierte en un salvaje, sucio y brutal ataque a puñetazos por parte de su contrincante. Éste parece estar hipnotizado, en un raro estado febril, concentrado únicamente en matar a su adversario, cosa que consigue pese a la oposición del árbitro, los entrenadores y el resto de personas presentes. Nuestro protagonista se centra en averiguar cuál ha sido el motivo que ha causado el extraño comportamiento del asesino...



Indiana James

Locos de Atacar

Bolsilibros - Indiana James - 8

ePub r1.0
LDS 10.04.18

Título original: *Locos de Atacar*
Indiana James, 1985
Cubierta: Almazan
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



CAPÍTULO PRIMERO

Gasté mis mil dólares en sacar un billete de vuelta para New York. Y allí me dediqué a pasear por las redacciones de los periódicos, intentando vender algún reportaje o algunas fotografías.

El único resultado que obtuve fue el llegar a las ocho de la noche a casa, cansado como un sepulturero en plena .epidemia de peste.

Cuando sonó el teléfono, me lancé sobre él convencido de que se trataba de un trabajo.

No. Era Joe *Tontonero* Crafton, un viejo amigo boxeador que se iba a despedir del ring y que quería que estuviera aquel día junto a él.

Su combate era uno de los «teloneros» del Campeonato Mundial de los grandes pesos.

No admitía réplicas; ya había reservado billetes y habitación para mí.

Así que cogí el avión con destino a Las Vegas.

Por más que ustedes hayan leído cosas sobre la Ciudad del Juego, no llegan a imaginarse todo lo que hay allí.

Para empezar les diré que estaba alojado en The Strip, la calle cuyo verdadero nombre es Las Vegas Boulevard: algo menos de diez kilómetros de calle, llena de casinos, casinos, casinos y sitios para darle cualquier tipo de esparcimiento al cuerpo: treinta y siete grandes casinos, treinta mil máquinas tragaperras (hay un slogan que dice: TENEMOS UNA MAQUINA PARA CUALQUIER TIPO DE MONEDA AMERICANA QUE USTED LLEVE EN SU BOLSILLO), dos mil mesas de Black-Jack, más de cien ruletas, más de doscientas mesas de dados…

Y, por si esto fuera poco, usted puede ir a. los casinos a

presenciar los *shows* de las grandes estrellas. Sí, de las grandes; el viejo Sinatra, Liza Minnelli, Barbara Streisand, Kenny Rogers, Diana Ross…

Si desea no ser sólo un espectador, usted puede casarse en menos de un cuarto de hora, por unas tres mil pesetas y divorciarse un cuarto de hora después, por algo más de dinero.

Y si está cansado y quiere permanecer en su hotel, también puede divertirse. En la mesilla encontrará una Sagrada Biblia, y un folleto explicándole cómo puede contratar los servicios de compañía femenina: tarifas, tiempo, servicios, tamaños anatómicos, razas, teléfonos, etc.

Si usted está alojado en un buen casino, sólo hace falta que llame a recepción y un amable *croupier-camarero*, vendrá a su habitación con una pequeña ruleta sobre un carrito de ruedas, para que usted pueda perder todo su dinero mientras juega a lucha greco-romana con su compañera de cama.

Así es Las Vegas. Intenté localizar a Tontonero, pero todos me dijeron que estaba «concentrado» en un Motel del desierto, que ya me llamaría él. ˆsí que no podía hacer más que esperar hasta que llegase el momento del combate, y aún faltaban tres días.

Después del encuentro, Joe *Tontonero* Crafton, había decidido comprar un pequeño hotelito, con sus ahorros, en Florida, y dedicarse a tostarse, aún más, al sol, durante todo el año.

Me había reservado una habitación en el Arabian's Nights, un casino, no de los mejores pero bastante digno, con discoteca, sauna, piscina, polideportivo, salones de juegos, escenario para actuaciones, salas de reuniones, habitaciones con bar, espejos en el techo, video para filmar y reproducir…, etc. Una cosa corriente en Las Vegas.

Y todo eso Simplemente por ver cómo Joe *Tontonero* Crafton se peleaba con otro tipo…, algo que había visto miles de veces cuando éramos chicos, allá en Brooklyn.

El primer día, al anochecer, no pude resistir la tentación de ir al Dessert Inn, a jugar unas manitas de póker y hacer aumentar mi pobre capital.

Mi bolsillo no aguantó más de diez minutos.

Así que hube de pasar los dos días siguientes, viendo la TV en el cuarto del hotel y levantando la vista al techo para ver lo bien que

me sentaba aquel pijama de corazones rojos.

A las siete de la tarde sonó el teléfono. Era Tontonero.

—¿Indy? ¿Vas a venir esta noche?

Mi amigo siempre había sido igual: antes de un combate se convertía en el tipo más inseguro del mundo, capaz de pedir permiso al juez de pista para subir al ring cuando es su turno.

—Claro que voy a ir. No creerás que me he recorrido medio Estados Unidos para ver tu combate en resumen, en el Tele-Noticias…

—Querría pedirte un favor…

¿Qué tontería iría a decir?

—Concedido.

—Sí, ya, pero quiero que cuando vengas a verme, no bajes al camerino. Antes de los combates estoy nervioso y… Al finalizar podemos ir a cenar juntos y…

—De acuerdo. Así lo haré.

Se deshizo en agradecimientos, como si yo le fuera a salvar la vida subiendo al ring en su lugar.

Ya les he dicho que Tontonero, antes de las peleas era como un niño.

Pero aquello me recordó que ya era hora de comenzar a vestirme y salir hacia el Egiptian's Pleasure Palace, así que abandoné la lectura de la autobiografía de Nixon y me dirigí hacia la ducha.

La verdad es que estaba leyendo aquello porque no tenía nada mejor que hacer y porque me molesta mucho dejar un libro a la mitad. Claro que si no soy muy estricto, y teniendo en cuenta que estaba en la página 12 después de tres días de lectura… ¡Podía haberlo abandonado sin traicionar mis principios!

Me sumergí bajo una ducha cálida silbando «Polvo de Estrellas» y pensando en Raquel Welch.

¡Qué coincidencias!

Después me vestí decentemente. No es que en los casinos te exijan ir de etiqueta, lo único que quieren es que lleves dinero y que no hagas trampas, pero siempre he juzgado que hay ocasiones que se merecen que me vista con una camisa tabaco y una chaqueta beige-nácar.

Y Tontonero se merecía eso y mucho más.

Comencé a caminar por The Strip. Estaba anocheciendo y un montón de miles de dólares en forma de luces de colores, comenzaron a golpearme los ojos: hoteles, casinos, *music-halls*, restaurantes .., todos compitiendo por ver quién paga la factura de electricidad más alta, y esforzándose porque entres con tus dólares a ayudarles.

Los coches comenzaban a circular, llenando la calzada. Las Vegas es una ciudad que vive la noche. Los casinos permanecen abiertos durante veinticuatro horas, así que casi todo el mundo prefiere pasar el calor diurno, durmiendo con buen aire acondicionado, y salir a la noche cuando comienza a correr una suave brisa nacida en el desierto.

Resistí la tentación de entrar en el Dessert Inn, el casino que compró Howard Hugues cuando quiso alquilar toda la planta novena para una juerga y le dijeron que había dos habitaciones reservadas.

Resistí la tentación del Flamingo, y su horrible decoración de flamencos rosas, también hice oídos sordos a las mesas de póker del MGM, y sus actuaciones de primerísima fila, pasé ante el Dunes sin entrar, ante el Four Queens sin detenerme, y no pude por menos que entrar en el Horseshoe a contemplar su vitrina en forma de herradura dentro de la cual hay un millón de dólares en billetes de diez mil.

Aquello me recordó que mi fortuna particular era bastante menor, así que salí a la calle y me dirigí a toda velocidad hacia el lugar donde iba a pelearse Tontonero.

El casino hacía honor a su nombre: «EGIPTIAN'S PLEASURE PALACE». Todo allí era egipcio: las columnas de la entrada, los salones, las barajas, y las cabinas telefónicas tenían forma de sarcófago, las chicas iban vestidas como esclavas nubias y servían unos brebajes con nombres tales como LAGRIMAS DE COCODRILO DEL NILO; VENENO DE ASPID, BESO DE CLEOPATRA, PENSAMIENTOS DE NEFERTITI, etc., etc.

Una vez pasado el primer salón, donde se amontonaban las máquinas tragaperras en una formación que hubiera hecho palidecer de envidia a un sargento de marines, se llegaba al Gran Salón del casino: allí, rodeando la ruleta, estaban las demás mesas: dados, póker, black-jack. Y gente que gastaba en cinco minutos lo

que a un habitante de una nación tercermundista le costaría toda su vida de ganar.

No era cosa de permanecer mucho tiempo en la «zona peligrosa» así que me dirigí hacia el gran salón donde iban a celebrarse los combates de boxeo.

Tras exhibir la entrada, me dejaron pasar.

Tontonero había tenido el detalle de enviarme una entrada de primera fila, justo donde no se alcanzaba bien a ver el ring, si no te pones de pie, y donde te expones a que los histéricos cámaras de TV te chafen los deditos de los pies con sus pesadas botarrancas.

De todas formas son las entradas más buscadas, así que le estaba agradecido a mi amigo por aquel detalle.

Se respiraba el ambiente de las grandes ocasiones. No por la despedida de mi amigo, sino por el Combate Mundial por el Título de los Pesos

Pesados.

Antes de ese combate había dos más: Howard Abramson (a) «Missil de Arkansas», contra Chris Dunlop. Después mi amigo se las tenía que ver frente a un indonesio de más de cien kilos llamado Tigre Suato. Y por último los dos que iban a por el codiciado título.

Esto significaba un gran despliegue de las primerísimas compañías de TV, un enjambre de fotógrafos de periódicos y revistas, multitud de locutores de radio, periodistas moviéndose en busca de los últimos chismes, millonarios téjanos que se sentirían humillados de no aparecer en *todos los acontecimientos televisados del año*, aspirantes a estrellas de Hollywood que se habían desplazado a Las Vegas soñando en que una cámara las enfocase.

Me senté en primera fila mirándolo todo con aire escéptico.

Una mano se apoyó suavemente en mi hombro y me volví.

Eddy Bouton, el entrenador de Tontonero me ofrecía la mano amigablemente.

Se la estreché con alegría. Hacía muchos años que le conocía y siempre habíamos simpatizado.

—No hace falta que me digas que haces aquí… —Le espeté a modo de saludo—. Seguro que ese gorila te ha echado del camerino con la excusa de que quiere estar solo.

Asintió con la cabeza.

—Sí. Y me ha hecho un favor. Tengo mucho interés en ver el

primer combate. Ese chico de Arkansas, Howard Abramson, *el Missil*, es uno de los mejores boxeadores que nunca ha pisado un ring. ¡Y recién empieza su carrera! En cuanto que tenga un poco más de experiencia no va a haber ser humano capaz de tumbarlo en un cuadrilátero.

Mientras decía esto, se había sentado a mi lado.

—Toda la prensa especializada está pendiente de él. Mucho más que del combate por el Campeonato Mundial. ¡Eso queda para los turistas! Los que entendemos de boxeo no vamos a quitarle ojo a ese chico…

Y después, como todos los fanáticos de algo, me inundó de datos sobre las maravillas que hacía Missil.

Según parece su pegada era como un tornado, bailaba en el ring como Nureyev en un escenario, tenía un olfato para colocar los golpes que hubiera hecho palidecer de envidia a un perro rastreador, además pegaba bien con la izquierda, con la derecha, colocaba bien los golpes por la línea interna, por la externa tenía juego de caderas, el *uppercup*, el *hook*, el gancho…

—¿Cómo ha encontrado contrincante un monstruo como ése? —pregunté medio en broma, medio en serio.

Eddy se rio de buena gana.

—Todavía no es muy conocido. Y los boxeadores siempre piensan que son ellos los que van a ganar.

Se apagaron las luces y vimos a los dos contendientes salir hacia el ring, cada uno por un lado.

El público se puso en pie y rompió en aplausos frenéticamente, como si el hecho de andar por un pasillo fuera una proeza inigualable.

Lo más probable es que quisieran estar seguros de que las carísimas entradas que habían comprado iban a serles rentables en diversión, y la mejor manera de conseguirlo era participar al máximo, aunque eso significara despellejarse las manos antes de que hubieran comenzado a golpearse.

Yo me arrellané en mi incómoda silla, mientras me disponía a ver el combate.

Ya saben antes de ver el primer puñetazo hay que perder el tiempo en un montón de cosas: consejos de los jueces, bromas de algún famoso invitado a subir a la pista, niñas con menos ropa que

un cangrejo, mostrando al público tablas donde están apuntados el peso, el número en el ranking de boxeadores…

Y, por fin, empezó la cosa.

El juez gritó aquello de «segundos fuera», se apagaron todas las luces no necesarias, y aquellos dos tipos salieron de sus rincones.

El Missil de Arkansas era blanco. Chris Dunlop, su contrincante, no. Así que no era muy difícil saber a quién correspondía cada golpe, aunque lo estuvieran televisando en blanco y negro.

Nada más salir Missil de su esquina, yo me incorporé sobre la silla. Un sexto sentido me dijo que aquél iba a ser un buen combate. Un sexto sentido… y mis ojos.

Aquel tipo había parecido como si saliera disparado.

Avanzó decidido hacia el negro, con las manos colgando, como si no le preocupara que el otro pudiera golpearle.

Nunca he visto unos ojos como aquellos: fríos, fijos y fatales. Fríos como los de un tigre al acecho. Fijos en su enemigo, sin parpadear. Fatales, porque en sus pupilas brillaba la muerte.

Chris Dunlop, comenzó a bailotear paralelamente a las cuerdas.

Missil no apartaba los ojos de él, parecía que tuviera miedo a que, después de un parpadeo, su enemigo hubiera desaparecido por arte de magia.

Verdaderamente daba la impresión de un perro persiguiendo a un gato.

Si alguno de los espectadores no hubiera comenzado a abuchear a Chris, hubiera sido capaz de estar todo el combate dando vueltas al ring, huyendo.

Por primera vez me fijé atentamente en Chris.

Aquel tipo debía de sentir lo mismo que yo, porque en sus ojos se reflejaba el miedo. No, más que miedo era terror. Tampoco. Era… un pavor indescriptible.

Pero en eso se demuestra la profesionalidad: sin perder de vista ni un solo momento a Missil comenzó a detener su carrera, buscando el encuentro.

El muchachote de Arkansas todavía no había subido su guardia, así que al negro no le fue difícil colocarle el primer golpe.

Le llegó perfectamente a la barbilla, sin encontrar obstáculo en su camino.

Únicamente el mentón de Missil.

Fue como pegar a una hormigonera. Missil no retrocedió ni un solo milímetro, su rostro no se desplazó en absoluto.

Y sus ojos no parpadearon, como si no le sirvieran para ver, como si, realmente, se tratara de un misil avanzando ciegamente hacia su objetivo.

El que sí retrocedió por el golpe fue Chris.

Saltó hacia detrás suyo, alejándose de su rival, como si no pudiera creer que Missil no hubiera sucumbido ante su puñetazo.

Los locutores de radio y TV se volvían locos en su cuchicheo tras de nosotros.

Los fotógrafos protestaban porque si no se tiraba al adversario no había buenas imágenes que vender

Eddy Bouton había aguantado la respiración y había apoyado su gran mano en mi brazo, mientras me decía sin quitar los ojos del ring:

—¿Has visto eso, chico? ¿Lo has visto bien?

Claro que lo había visto.

Vi también el gancho al plexo solar que Chris le propinó a su contrincante, vi el *uppercut*, el otro gancho, el directo al mentón…

Vi como Chris, a pesar de ser negro comenzaba a palidecer.

También vi como Missil, que todavía no había subido la guardia, comenzaba a sonreír imperceptiblemente.

Era como golpear al Moisés de Miguel Ángel: lo más que puedes aspirar es a romperte un nudillo contra el mármol.

Eso mismo debía de estar pensando el negro, que se alejó de su rival y comenzó a bailar con sus piernas, intentando protegerse del primer golpe que, estaba seguro, su enemigo no iba a tardar en lanzarle.

Aquel chillón y vociferante público había enmudecido milagrosamente. Todos los ojos del *hall* estaban fijos en Missil esperando que se lanzase al ataque.

Todos presentían que aquello podía ser como una Panzer División lanzada a tumba abierta.

Casi se diría que animaban a Chris a seguir huyendo, a seguir corriendo paralelamente a las cuerdas, a escapar de lo que le esperaba.

Cuando sonó el gong, todo el casino fue un profundo suspiro.

Chris se dirigió a su esquina, empapado de sudor. Su entrenador

le arrojó con la esponja un chorro de agua helada a la cara.

Missil no. Se quedó en medio del ring, con las manos colgando a ambos lados del cuerpo y con los ojos clavados como dos rayos láser en el negro.

El juez se acercó y le ordenó dirigirse a su esquina.

Lo hizo lentamente, caminando de espaldas, sin quitar los ojos de su rival y, cuando faltaban un par de metros para alcanzar su taburete, se detuvo en la misma postura.

Había gente de las primeras filas que se había levantado a aplaudirle, otros a gritarle, pero él no veía ni escuchaba a nadie.

Sonó el gong.

Missil volvió a salir catapultado hacia su rival.

Chris lo esperó a pie firme.

Lanzó un gancho de izquierda, otro de derecha, y un dilecto al rostro.

Nada.

Y, como un rayo, el puño derecho de Missil saltó hacia su meta.

Alcanzó al negro en el mentón y lo hizo salir trastabillando hacia las cuerdas.

Chris se protegió con los brazos.

Missil comenzó a golpear como si estuviera frente a un punchingball: rítmicamente, con fuerza, sin miedo a que le pudiera devolver un golpe.

Los primeros puñetazos fueron parados por la guardia de Chris.

Los segundos se abrieron paso entre los brazos del negro.

Los terceros hicieron un trabajo de carnicero.

Izquierda, derecha, izquierda, derecha…

POUM, CRACK, POUM, CRACK… ,

Una ceja que comienza a sangrar.

Un ojo que se amorata.

Un labio que se parte.

Un cuerpo negro que se dobla de dolor ante un puñetazo en el estómago.

POUM, CRACK, POUM, CRACK…

Chris era incapaz de parar los golpes. Con la boca abierta intentaba meter algo de aire en sus pulmones, sus rodillas se doblaban, su mirada se perdía, haciéndose vidriosa, el protector de goma bucal cayó sobre la lona.

Y el cuerpo de Chris también.

Pero Missil no cesó: sus puños siguieron haciendo un concienzudo trabajo de demolición, de destrucción, de asesinato…

Me sorprendí de pie gritando histéricamente:

—¡Arbitro! ¡Arbitro! Pare ese asesinato.

Ya lo intentaba. Había acudido corriendo hacia el rincón donde Missil estaba destrozando a Chris.

Cogió al boxeador blanco de un brazo, ya que no hacía caso de sus gritos, y estiró de él hacia atrás.

Consiguió alejarlo un par de metros del cuerpo

Y entonces Missil se volvió hacia él.

Con la misma mirada fría que tenía desde el comienzo del combate.

Todos nos imaginamos lo que iba a pasar.

CAPÍTULO II

Fue mucho peor de lo que habíamos imaginado.

El árbitro no era un púgil entrenado y en forma: sus brazos no tenían la resistencia de los de un profesional para parar los golpes.

El primer directo lo alzó por los aires como un muñeco de trapo.

Y antes de haber caído al suelo, su cuerpo ya tenía dos muestras más de la potencia de Missil.

El entrenador del chico de Arkansas, salló hacia él, para impedir que siguiera golpeando al árbitro.

El entrenador de Chris también.

Nadie hacía caso del cuerpo del boxeador negro que yacía en una esquina, inerme e inmóvil.

Tampoco los dos entrenadores fueron enemigos para Missil.

Con cuatro golpes se deshizo de ellos.

Entonces, en medio del ring, lanzó un desgarrado grito, con la boca abierta, apuntando al cielo.

Después lentamente, bajó la vista y, con ojos fríos, fijos y fatales, recorrió al público con la mirada.

De un salto se plantó en el patio de butacas y comenzó a asesinar.

En pocos segundos aquello se había convertido en un desastre nacional.

Los espectadores comenzaron a huir de él, en todas direcciones.

Los fotógrafos comenzaron a acercase a él, desde otras direcciones.

Los policías comenzaron a correr hacia él, sacando sus pistolas, sus porras…

Un auténtico alud humano cayó sobre Missil cubriéndole e impidiendo verlo.

Los cuerpos salían volando hacia todos los puntos cardinales.

Allí, en medio de sus atacantes, con los pies soldados al suelo, Missil se deshacía de todo el que se le acercase.

Crack, poum, aarrggh, ssh hssoofff, sgack…

El sonido de huesos astillados, los gritos de las personas, el crujido de los cuerpos cayendo sobre las sillas de madera…

Al día siguiente leí en los periódicos que sólo habían sido veinte segundos, pero a mí me pareció una hora y media en el cuarto trastero de un matadero de vacas.

Por fin, una densa masa de cuerpos cayó sobre él, impidiéndole moverse, atenazándolo a presión, y cuando se apartaron de él, cuatro pares de esposas le sujetaban los brazos a uno de los pies del ring.

Lo que vino a continuación ya se lo pueden imaginar: suspendido el resto de los combates, Missil a la comisaría más próxima, ambulancias, camilleros, médicos…

Y el parte final: dos muertos, diecisiete heridos graves y un sinfín de contusionados.

Los dos muertos: Chris y un espectador desnucado de un certero gancho al mentón.

Había heridos de todas clases: el árbitro en un coma irreversible, el entrenador de Chris con el maxilar roto, el de Missil con el pómulo y una clavícula astillados.

Cené con Eddy Bouton y con Tontonero, pero no era aquello lo que habíamos esperado celebrar, la velada transcurrió en un ambiente frío. No teníamos nada de que alegrarnos y todos teníamos una sola cosa en el cerebro.

—¿Por qué lo hizo? —Se preguntaba Eddy.

Tontonero no había visto nada y sólo lo había escuchado de nuestros labios, por lo que no intervenía en la conversación.

—¿Por qué? ¿Por qué? —Volvió a repetir Eddy—. ¿Se ha emborrachado le sangre? Tú, que eres escritor y has estudiado… ¿Por qué un hombre puede llegar a hacer una cosa así?

El escritor, y el que ha estudiado era yo, así que me tocaba contestar algo.

Me encogí de hombros.

—No sé qué puede haber sido, pero desde luego no se ha «emborrachado de sangre» como tú dices. Cuando ha saltado al ring

ya sabía lo que iba a hacer, su mirada lo traicionaba, todos sus gestos estaban enfocados a un solo destino: matar.

Eddy asintió con la cabeza.

Curiosa cena aquella donde sólo habíamos comido saliva. El camarero se acercó y nos preguntó si podía retirar los platos casi intactos. Dijimos que sí, y que no queríamos postre. Habíamos estado casi dos horas delante de un montón de dólares en comida y sólo habíamos aprovechado unos centavos.

Salimos a la calle.

La brisa fresca que soplaba en aquellos momentos ni siquiera nos reanimó.

Tontonero anunció su decisión de irse al hotel a dormir ya que no tenía ganas de hacer nada.

Eddy me miró a los ojos fijamente. Comprendí lo que quería decirme. Él había sido boxeador profesional, desde que tuvo la edad reglamentaria. Después había sido *sparring* de otros boxeadores, más tarde entrenador. No comprendía lo que había sucedido aquella noche… ¡Y necesitaba una explicación!

—Vamos… —Dije yo—. Vamos a comisaría. No creo que nos dejen hablar con él, pero quizás algún periodista nos cuente algo.

Nos despedimos de Tontonero y tomamos un taxi. Por la radio hablaban, ¡cómo no!, de los sucesos de aquella velada de boxeo. Informaban de la comisaría donde habían llevado a Missil, los centros hospitalarios donde habían trasladado a los heridos, etc. Rápidamente habían montado mesas redondas con psicólogos, deportistas, sociólogos, ex boxeadores, periodistas…

Una forma de ganar dinero como otra cualquiera, porque ninguno de ellos dijo nada inteligente.

Cuando llegamos a comisaría, una ambulancia partía de allí.

Eddy se apeó del taxi casi en marcha y salió corriendo hacia la puerta mientras decía algo como:

—¿Ves? han debido de quitarle las esposas a ese loco y…

El resto lo dijo lo suficientemente lejos de mí como para que no pudiera escucharlo, mientras se abría paso a codazos entre la muchedumbre de periodistas y curiosos que sitiaba la comisaría.

Y, a mí, me funcionó ese sexto sentido periodístico que me sale a relucir en ocasiones.

—Siga a aquella ambulancia —le dije al taxista mientras cerraba

la puerta.

—Generalmente se dice «siga ese coche» —comenzó a bromear el taxista.

Le coloqué un billete de diez dólares debajo de las narices.

—Esto es un extra si no pierdes de vista a esa ambulancia.

No la perdió. Se convirtió en una sombra de la ambulancia y aprovechó todos los resquicios que ésta iba abriendo entre el denso tráfico de Las Vegas de madrugada.

Quince minutos después estábamos ante el Mount Ararat Hospital y, mientras pagaba al taxista la carrera y el premio, podía ver como los enfermeros bajaban una camilla escoltada por dos policías y, tras ellos un negro con aspecto físico de ser un portaaviones: dos metros de altura, cejas partidas, y unos bíceps como la panza de un hipopótamo. ¡Era un boxeador! mi olfato parecía haber acertado.

Los seguí disimuladamente hasta una puerta que se los tragó a todos dejando fuera únicamente al negro.

Por los gestos que hacía, de palparse los bolsillos, vi que necesitaba urgentemente una dosis de nicotina, y que no la llevaba encima.

Me acerqué y le ofrecí un cigarrillo.

—¿Nervioso? —le dije a modo de saludo—. ¿También está esperando un hijo?

Negó con la cabeza, sonriendo.

—Yo… es que soy primerizo… ¿Sabe? —Dije intentando retenerlo con la conversación antes de que me diera las gracias y se sentara lejos de mí—. Lo que no estoy muy seguro es de si el chico es mío o no.

Había conseguido despertar su interés. Me miró sorprendido.

—¿Es usted casado? —Preguntó con un tono de voz aflautado, que estuvo a punto de arrancarme una carcajada, ya que no le correspondía a un físico como el suyo.

—Sí, pero no con ésta.

Me miró con la misma cara que pone la gente cuando se estropea su aparato de TV en los cinco últimos minutos de una película de suspense.

Ahora tendría que inventarme una buena historia.

—El problema es mi madre —comencé a decir—. Es muy celosa.

Entonces cuando se enteró de que tenía novia se dedicó a buscarme chicas para hacérmela olvidar. Y a mi chica le encontró un novio, después otro… Pero no quiero aburrirle contándole mis historias. ¿Qué le sucede a usted?

Quizás había sido demasiado brusco en la forma de abordarlo, pero le cogí, Con la «guardia baja» (nunca mejor dicho) y me contó su historia.

Era justamente la que yo esperaba.

—Soy boxeador… casi retirado… últimamente trabajaba como *sparring*, ya sabe, esos tipos que ayudan a entrenarse a los campeones, de…Howard Abramson…el…el Missil de Arkansas… ¿Ha oído hablar de él?

Asentí con la cabeza. Nadie en todo Las Vegas podía contestar que no a aquella pregunta en esa noche.

—He oído hablar por primera vez hace un rato. ¿Qué le ha sucedido para comportarse de esa forma?

El negro se encogió de hombros. Él tampoco tenía respuesta para aquel dilema.

Comenzó a hablar de sus entrenamientos, de que el Missil siempre había sido un hombre con el corazón de oro, que no se enfadaba con nadie, de buen carácter…

Terminamos en el bar del hospital. No es que fuera el sitio ideal para tomar una copa, porque todo él olía a éter, pero no había nada más a mano.

Aquel hombre necesitaba hablar con alguien, necesitaba contar sus rencores, su odio, su versión de lo que había sucedido.

Porque la tenía. Claro que la tenía. Con nombre y apellidos:

—Raymon Dyson, ese es el tipo que ha cambiado a Missil.

—¿Qué quieres decir con eso de que lo ha cambiado? ¿Lo ha hecho miembro de alguna secta satánica? No es fácil cambiar a un hombrón como Missil de la noche a la mañana.

El negro negó lentamente con la cabeza.

—Raymon Dyson es un médico. Un especialista en fortalecimiento del sistema nervioso por medios químicos, puede excitar y tranquilizar a la gente a su voluntad. Suele decir que con una pastilla puede conseguir que el día del fin del mundo, la gente se preocupe únicamente de regar las plantas, mientras caen las bombas.

Siguió hablando sin necesidad de que yo le hiciera más preguntas.

—Se acercó a Missil con la excusa de que podía hacer de él un campeón. Y fue cierto. Gracias a sus «medicamentos», mi amigo aprendió a controlar de una forma extraordinaria todo su sistema nervioso. Parecía insensible al dolor y a los golpes, se concentraba en derrotar a sus enemigos de una forma prodigiosa, nada lo alteraba ni le distraía.

Hizo un pequeño silencio.

—Pero, también le hizo más agresivo. Salía a ganar, y para él eso no era que contaran diez a su rival. Era que lo arrastrasen al cementerio.

—Seguro que le ha dado alguna clase de droga… ¡Ese tipo es un farsante!

Volvió a negar con la cabeza.

—No. Ese tipo ha dado conferencias en muchas universidades. Ha enseñado técnicas de relajación activa a los policías de New York, a los boinas verdes y a otras fuerzas del país.

Fue entonces cuando olí la historia.

Le confesé que no iba a ser padre, que era simplemente un aventurero que, de vez en cuando vendía algún artículo a los periódicos, y que allí había una historia que podía ser muy peligrosa para la humanidad.

El negro, me miró fijamente, con recelo.

—¿Te interesa publicar esto? —me preguntó.

—No. Prefiero atrapar a ese tipo —respondí.

Me sonrió abiertamente y me tendió la mano.

—Me llamo Lawrance Solomón Ellington, pero todos me llaman Solo.

Yo le dije cómo me llamaba.

Lo encajó sin pestañear ni sin hacer ninguna pregunta idiota.

Me cayó bien.

—Quiero conocer a ese médico.

—Te puedo llevar a donde se aloja.

—Vamos.

Fuimos en taxi hasta un edificio de apartamentos situado en el Downtown de Las Vegas, el antiguo centro urbano, hoy algo alejado de The Strip, la calle del juego.

Pagué al taxi, mientras Solo llamaba al portero electrónico.

—¿Estará en casa? —pregunté.

—Sí. No le gusta el juego, ni las chicas, ni nada que no sea su profesión y sus trabajos.

Nadie contestó a nuestra llamada un zumbido nos indicó que alguien estaba abriendo la puerta.

No me gustó aquello.

Mientras un lento y antiguo ascensor nos llevaba hasta la planta doce, me dediqué a repasar la musculatura de Solo, pues aunque fuera un *sparring* profesional, no sabíamos lo que podía estarnos esperando allí.

Salí yo primero del ascensor. La puerta estaba bajo el número 3 y estaba entreabierta. Sólo la señaló con la cabeza, y luego, tras golpearla ligeramente con los nudillos, y no recibir respuesta la franqueó.

Yo maldije el no haber traído mi pistola mientras le seguía.

El entró decidido hacia el pasillo. Yo miré si había alguien escondido detrás de la puerta; sin éxito.

La cerré y, al darme cuenta de que habíamos quedado a oscuras, busqué a tientas el interruptor de la luz. Lo localicé y presioné.

Lo primero que vi fue un Stuka con el pelo cortado a cepillo avanzando hacia mí por los aires.

Me aparté rápidamente, dejando que hiciera en la pared un agujero con el pie, demasiado para poner una escarpia y colgar un cuadro.

Iba vestido con chándal y era grande, rubio, musculoso, de mentón cuadrado y con una mirada igual que la que había visto en los ojos de Missil aquella misma noche.

Y no me gustó nada.

Desde el pasillo llegaban ruidos de pelea, gruñidos, bufidos y crujidos de muebles, cuadros y cristales.

No podía contar con Solo para la pelea.

El tipo aquel que estaba ante mí debía de ser un experto en karate. Afortunadamente el apartamento era antiguo y de elevados techos, ya que de no haber sido así su cabeza se hubiera clavado en el cielo raso cuando daba aquellos prodigiosos saltos, que yo iba esquivando sin demasiado problema.

Estaba jugando conmigo al gato y al ratón. Sabía que yo podía

esquivar sus vuelos acrobáticos y seguía insistiendo: quería cansarme.

Decidí darle una sorpresa, así que la siguiente vez que intentó hacer de bailarín de ballet, yo también salté hacia él. Con el brazo extendido, el puño cerrado y sólo un ojo abierto para hacer puntería en el sitio que pretendía golpearle.

Ese punto tan doloroso para los seres humanos del género masculino que se encuentra donde termina el abdomen y se separan los muslos.

Le alcancé de lleno.

Un golpe seco, de esos que hacen palidecer a un búfalo en una décima de segundo.

Pensé que tendría que pedirle al doctor Dyson una receta de su fabulosa pócima, porque el tipo aquel ni se inmutó.

Probé con todos mis conocimientos de karate, boxeo, catch, jiu-jitsu, tae-kwondo, kung-fu y judo, además de con algunos trucos «de verdad» que había aprendido con los pihuelos de mi barrio cuando era chaval.

Nada. El tipo aquel estaba completamente insensibilizado a los golpes.

Descubrí que yo no.

Una patada y dos golpes con el canto de la mano sirvieron para dejarme casi al borde del *KO*.

Desde luego no podía intentar competir con el «bailarín». La única solución que tenía era la de poner encima suyo todo el exiguo mobiliario del apartamento y confiar en que no pudiera salir de debajo de los muebles.

Así que la siguiente vez que se lanzó sobre mí, procuré esquivar el golpe y hacerle una presa con mis brazos en la nuca para al menos, inmovilizarlo.

Lo conseguí durante dos segundos.

Al tercero yo estaba volando por los aires, sobre él, pero sin soltar la presa.

Al cuarto había dado una voltereta, volvía a tener los pies en el suelo y él estaba volando por los aires.

Al quinto sus pies rompieron los vidrios de la ventana, saliendo a través de ella.

Al sexto era su cintura la que estaba fuera de la ventana,

mientras mi cara, arrastrada por un impulso se acercaba peligrosamente a los vidrios rotos.

Al séptimo solté mi presa, apoyé las manos en el marco de la ventana y vi como el cuerpo de mi enemigo volaba desde el piso doce.

No lanzó ni un solo grito.

Sólo oí el ¡chop! del cuerpo al estrellarse contra el pavimento.

Y, no muy seguro de los efectos del medicamento del Dr. Dyson, permanecí medio minuto mirándolo hasta asegurarme de que no se incorporaba de nuevo.

Luego corrí rápidamente hacia el pasillo donde

Solo estaba apañándoselas con su ración de violencia.

El pasillo estaba como si hubiera caído una bomba atómica.

El salón parecía haber registrado un duro combate de la «Guerra de las Galaxias».

El dormitorio, sin embargo, estaba maravilloso: todo estaba destrozado, pero el otro karateka yacía en el suelo con la cortina en torno al cuello.

Solo, de pie, lo contemplaba en silencio.

Cuando me oyó entrar se giró hacia mí. Su rostro me indicó que tampoco a él le había sido fácil vencer a su rival.

Una vez que vi a mi compañero vivo, me dediqué a rebuscar en todo el apartamento.

Nada. Ni una sola prenda personal del Dr. Dyson.

Únicamente un papel arrugado, sobre un cenicero.

Lo desdoblé: eran unas notas manuscritas sobre un vuelo a New York.

Una fecha: hoy.

Una hora: las 6.45.

Miré mi reloj. Eran las 5.58.

—¡Vamos antes de que escape! —le dije a Solo.

—Y antes de que venga la policía —me replicó mientras me seguía.

CAPÍTULO III

Nos zambullimos en un taxi en el momento en que el tráfico comenzaba a dar señales de disminuir.

Mentalmente iba calculando el tiempo: a las seis quince el Dr. Dyson traspasaría la puerta de embarque de vuelos nacionales, perdiéndose para siempre.

A menos que nosotros…

—¡Dé media vuelta! —le grité al taxista ante la sorpresa de Solo —. Llévenos primero al Arabian Nights.

Y luego volviéndome a mi compañero, le expliqué:

—Tengo allí mis cosas, y he calculado que cuando lleguemos al aeropuerto, Raymond Dyson ya estará en la zona de embarque. No nos queda otro remedio que sacar unos billetes para New York con él.

Se le iluminó la cara al negro. Y después se le oscureció de nuevo.

—Yo no tengo mucho dinero… Y, después del *show* de esta noche, dudo que Missil me pague mi sueldo.

—Yo tengo algo de dinero para los dos. O por lo menos llevo una tarjeta de crédito.

Se le volvió a iluminar la cara. Este negro parecía un letrero luminoso publicitario de casino.

—Llamaré desde New York a un amigo, y le diré que recoja mis cosas… —dijo por toda respuesta.

Él también estaba deseoso de atrapar a Dyson. Parecía un galgo persiguiendo a un conejo al que siempre estaba a punto de alcanzar.

¡Y a mi lado sentía que podía conseguirlo!

Nada más parar ante el hotel, dije al taxista que esperase, lancé mi cartera a Solo y le dije que pagase mi cuenta mientras yo subía a

la habitación a recoger mis cosas.

Todo cabía en el macuto: pasaporte, cepillo de dientes… hasta sobraba espacio gracias a que había decidido dejar allí el terrible libro que estaba leyendo: la «egobiografía» de Nixon.

Bajé por las escaleras para no tener que esperar al ascensor, y porque estaba tan nervioso que era incapaz de detenerme ante una puerta esperando que se encendiera una luz y sonara la campana.

Llegué a recepción a punto de firmar el cargo a mi cuenta corriente.

Cuando íbamos a salir corriendo, uno de los botones se acercó, también a la carrera, blandiendo el libro de Nixon en las manos.

—¡Se olvida esto, señor James!

No quise perder tiempo explicándole que no lo quería. Además, tampoco le dije que se lo quedara de regalo. Tenía miedo de que su lectura pudiera convertirlo en uno de esos horribles americanos-medios.

Le metí en el macuto y salimos corriendo hacia el taxi.

—¡Al aeropuerto! —le dije al chófer.

—Voy volando —replicó riéndose de su propio chiste.

El truco de los diez dólares funcionó nuevamente y el taxi *voló* hacia el aeropuerto.

Una vez allí, mientras Solo inspeccionaba a la gente que había en el *hall*, yo saqué los dos billetes de avión.

Después, facturé mi macuto, ya que no quería que los aparatos de rayos X contaminaran mi cepillo de dientes y pasamos a la zona de embarque.

—¡Aquél! —gritó Solo señalando a un tipo.

Se trataba de un hombre de no más de cuarenta años, pulcramente vestido con un traje de lino blanco, rubio, con un cuidado bigotito sobre el labio superior, y un maletín de piel de cocodrilo en la mano: un gentleman. En el maletín debía de guardar todos sus secretos, ya que lo abrazó como un náufrago se aferra a una madera flotando y, acto seguido, salió corriendo sin preocuparse mucho si pisoteaba niños, mujeres o ancianos.

Nosotros, y no es que estuviéramos bajo los efectos de su medicina, tuvimos que hacer casi lo mismo, para que no se nos escapara, pero pedíamos perdón. Algo es algo.

Solo parecía haber revivido. La forma física de un boxeador es

envidiable: saben saltar sobre vagonetas cargadas de maletas, hacer un sensacional «slalom» entre carritos de niños, carritos de bocadillos, carritos de refrescos y palomitas y carritos de todo.

Yo también estoy en buena forma física, pero no tanto. Lo comprobé cuando mi pie se enganchó en el asa de una bolsa de viaje que me acompañó en mi recorrido en picado hacia el suelo. Algunas otras también cayeron sobre mí.

Un cargador avanzó hacia mí con aire indignado, olvidando su deber, que consistía en recoger los bultos sembrados por el suelo. Ya que parecía olvidarse de su trabajo, le ayudé a recordarlo por el procedimiento de dar una fuerte patada a su vagoneta de equipajes listos para ser embarcados.

Mientras él lo miraba atónito, me levanté del suelo y emprendí la persecución del Dr. Dyson y de Solo, que se estaban perdiendo en la zona de turistas, fuera ya de la de embarque.

Pero ellos tenían una ventaja sobre mí: la sorpresa. Habían conseguido cruzar las líneas de seguridad, debido a ser los primeros y a no haber dejado a sus espaldas unos destrozos como los míos.

Conforme avanzaba hacia la salida, tres policías, con unos impresionantes «Bagnum» sujetados con ambas manos, me taponaron la salida.

Yo sabía que detrás mío llevaba una pequeña procesión de viajeros indignados, funcionarios de comunicaciones y personal de las compañías aéreas, así que sería muy difícil que aquellos tres policías se arriesgaran a disparar sobre mí, fallar el tiro, y alcanzar a mi retaguardia.

Eso mismo debieron de pensar ellos, porque en los segundos de vacilación que tuvieron, yo me había plantado ante sus narices, y había colocado mis puños en sus mentones.

Salté, esta vez limpiamente, sobre ellos y seguí mi maratón particular, sumergiéndome entre las colas de gente que esperaban para sacar billetes, los que aguardaban el anuncio de su vuelo, y los que simplemente paseaban por allí.

Es maravilloso lo difícil que resulta encontrar una maleta extraviada, y lo fácil que estaba resultando localizarme: no bien había abandonado a mis anteriores perseguidores, unas bandadas de policías, guardias de seguridad, y demás fauna, provistos de walkies-talkies brotaban de entre el público y se lanzaban hacia mí

tendiendo las manos desesperadamente, intentando atrapar un trozo de chaleco, de pantalón… lo que fuera, con tal de inmovilizarme. Pero yo he sido jugador de rugby en mi juventud y aún conservo una cadera capaz, de driblar, regatear y dar quiebros.

Ya ni siquiera se trataba de localizar al Dr. Dyson y a Solo. Ya mi única misión consistía en escaparme y esconderme hasta que a todo el mundo se le olvidase mi rostro.

Lo conseguí en un sitio tan prosaico como una cola: sí, es el sitio más visible y el menos mirado. Sólo necesité doblar una esquina, quitarme el chaleco y ponérmelo sobre el brazo, guardar mi gorra en uno de los bolsillos del pantalón, situarme en el último lugar de la cola, mirando sobre el hombro del tipo que había delante mío a la vez que comenzaba a mascullar:

—Esta cola no avanza nada… ¡Parece mentira! ¡Esto antes no pasaba! ¡Cada día se trabaja peor!

Cinco minutos después, mis perseguidores parecían haber dejado de amenazarme, así que di un bufido de desesperación a los que ya había detrás mío en la cola, y les espeté, con aire bastante agrio aquello de:

—Si ustedes quieren seguir esperando… ¡Yo me voy! ¡No he nacido libre para convertirme en esclavo de la burocracia de las multinacionales del transporte!

Me sonrieron con el aire condescendiente del que da la razón a un loco o a un borracho, y se alegraron de que alguien que había ante ellos hubiera renunciado.

Caminé lo más normal que pude hacia la salida, y una vez que la bofetada de calor me saludó al llegar al exterior, me quedé allí parado, indeciso: no sabía dónde localizar a Solo, ni dónde podía estar el Dr. Dyson, caso de que hubiera conseguido escapar de mi amigo el *Sparring*;, y tampoco sabía qué podía hacer. Así que compré un periódico. Venía muy interesante: hablaba mucho de Howard Abramson y su extraño comportamiento. También hablaba de unas cuantas güeñas, de un loco que había abierto fuego contra los transeúntes desde el Monumento Lincoln en Washington, y hablaba de un montón de miles de muertos más en ciclones, epidemias de hambre, etcétera.

Aquello me demostró que hasta después de muerto hay clases.

Ocho mil setecientos etíopes habían sido quitados de encima con

un suelto de tres líneas y los chicos del Egiptian's Pleasure Palace salían a más de una página cada uno.

Y Howard Abramson también. Acababa de fallecer en el hospital donde lo habían trasladado al salir de comisaría.

Por lo que contaba el periodista, había comenzado a sufrir una insuficiencia respiratoria, después su cuerpo se había cubierto de una erupción de granos, a la vez que se congestionaban los vasos sanguíneos de brazos y piernas y había terminado falleciendo presa de unas extrañas convulsiones.

Los médicos afirmaban que se trataba de una nueva forma de SIDA, aunque otro grupo de médicos decía que se trataba de un «nuevo sistema de desarrollo de carcinomas neurológicos hiperactivos, de brote episódico y no epidémico». Para terminar, el gran Gurú de la secta Sun, decía que se trataba de un castigo de Dios. ¡El fin del mundo estaba cerca!

Sentí que una mano se posaba en mi hombro y me giré.

Solo estaba junto a mí.

Simplemente me dijo:

—Lo siento, se me escapó.

Yo le enseñé el titular del periódico. Antes de decir nada, dejé que rumiara la noticia durante unos minutos y me dispuse a decirle que habíamos tenido mala suerte, que el pájaro había escapado.

Pero cuando Solo levantó los ojos del periódico me di cuenta de que no iba a ser así.

Tenía los ojos ligeramente enrojecidos, como la persona que tiene que hacer un esfuerzo para que una catarata de lágrimas no le desborde los párpados.

—Missil era amigo mío. ¡Quiero atrapar a ese bastardo y hacerle pagar su muerte!

—Es muy difícil… ¡Vete a saber dónde estará ahora!

—Subió a un taxi de la compañía Casino Yellow Cab. Es cuestión de ir allí y preguntar dónde llevaron al doctor Dyson.

Abrí los ojos desmesuradamente ante la locura de Solo. No soy ninguna de esas calculadoras de bolsillo japonesas, pero la operación es muy fácil: si suponemos que esa compañía de taxis tiene unos tres mil en funcionamiento, y confiando en la Ley de Estadística, supondría que tendríamos que habernos entrevistado con unos mil quinientos taxistas… ¡Y eso contando con que

recordase a dónde había conducido a su pasajero!

Negué con la cabeza:

—Eso es una locura, Solo.

No se molestó en contestarme: puso bajo mi sobaco una de sus grandes manazas y me «ayudó» a levantarme. Después llamó a un taxi y media hora después estábamos en las oficinas centrales de la compañía intentando convencer a una guapa chica de que nos localizase a nuestro taxista en cuestión.

Fue mucho más fácil de lo que yo esperaba: bastó una simple llamada por radio-teléfono a todos los taxis pidiendo información sobre el chófer que hubiera tomado a un pasajero de tales características y a tal hora en el aeropuerto.

Y treinta segundos después estábamos hablando con el taxista.

—¿Por qué buscan a ese tipo? —fue lo primero que nos preguntó.

Solo se quedó con la boca abierta pensando en lo difícil de explicar que era la historia en la que andábamos metidos. Después cerró la boca, me dio un codazo en las costillas y, sonriendo, me dijo:

—Contesta tú, que tienes estudios y más facilidad de palabra.

Y en eso tenía razón. Aunque no soy un microordenador doméstico, rápidamente me había dado cuenta de que no podíamos empezar a decir públicamente que aquel médico era culpable de la masacre del casino. Tampoco podíamos inventar una historia de un señor cuya anciana madre está agonizando en Idaho, y al que no sabemos cómo localizar…

Así que yo también permanecí boquiabierto unos segundos antes de añadir:

—Es mi hermano. Ayer tuvimos una discusión, por un asunto de repartirnos el dinero que habíamos ganado al póker. Quiero disculparme con él.

Mientras lo decía, me sonó una historia más increíble que la de Caperucita Roja o a Ronald Reagan afirmando en TV que deja la Presidencia y se mete en una organización pacifista.

Pero pasó igual que cuando Reagan dice que bajará los impuestos: me creyeron.

—Está bien —afirmó la ronca voz del taxista—. Le creo porque su hermano se comportó de una forma muy rara: lo «encoché» en el

aeropuerto con un aspecto de haber renunciado en el último minuto a embarcar. Me pidió que lo llevara al centro de Las Vegas y, antes de llegar, me indicó que lo llevara nuevamente al aeropuerto. ¿Extraño, o no?

—Sí, sí, muy extraño. Mi hermano siempre ha sido un poco indeciso —mientras decía esto, maldecía mentalmente el haberme dejado arrastrar fuera del aeropuerto por Solo.

Ahora el Dr. Dyson, que nos había encontrado en la zona de embarque para New York, sabía que teníamos este dato y seguro que no se dirigiría allí. Probé a sonsacar al taxista.

—Seguro que ha vuelto a Idaho y le está contando a su mujer que yo soy la oveja negra y que…

—No creo, amigo. —Me interrumpió el taxista—. Me preguntó la hora en que salían vuelos para Phoenix.

El taxista no sabía nada más. Le lancé un par de preguntas «envenenadas» pero no dio la impresión de ser una de esas personas que se dedica a marear a la clientela con su charla.

Salimos de la Casino Yellow Cab convencidos de que acabábamos de perder el rastro del Dr. Dyson.

—Vamos a Phoenix —dijo Solo en el ascensor, mientras me miraba fijamente.

Fue un auténtico cargo de conciencia. A fin de cuentas era yo quien había «empujado» a Solo a meterse en aquella historia, y ahora pretendía dejarlo en la estacada.

¡Qué digo de estacada! Aquel boxeador estaba «sonado» si creía poder localizar al Dr. Dyson en Phoenix.

Pero por otra parte yo le había creado la ilusión de vengar a su amigo muerto y ahora me negaba a seguirle acompañándolo.

¿Qué hubieran hecho ustedes?

Seguro que hubieran acompañado al negro hasta el aeropuerto y hubieran sacado un pañuelo blanco para despedirle. ¿No es así?

Pues yo me fui con él.

Esa es la diferencia entre ustedes y yo: ustedes leen y yo escribo.

Lo único que hice fue convencerle de lo poco conveniente que sería volver a dejarnos ver por el aeropuerto, así que alquilamos un coche y nos sumergimos en la North American Higway, la mayor autopista que nace, o muere, en Alaska; y muere, o nace, en el sur de Chile, y que pasa por Las Vegas y Phoenix.

Algo así como 250 millas a través de la Meseta del Colorado: un sitio donde envían castigados a la gente que se porta mal en el infierno.

Un paisaje de rocas, de las que parece que vayan a saltar en nuestra persecución todas las tribus indias y el Séptimo de Caballería.

A mí me hubiera gustado entretenerme a contemplar el paisaje desde dentro del coche, ya que fuera hacía un calor de 50 grados, pero cada vez que levantaba ligeramente el pie del acelerador

Solo comenzaba a agitarse en su asiento y a maldecir.

—Déjame a mí el volante… ¡No vamos a llegar nunca!

Llegamos a Phoenix al mediodía.

Lo primero que hicimos fue buscar alojamiento: cruzar el desierto de Arizona, sin parar ni para tomar una cerveza es como si Stanley hubiera ido a buscar a Livingstone con los ojos vendados y a la pata coja.

Nos acomodamos en el Rock Palace Inn, un sitio que podía ser todo menos Palace, pero tenía la maravillosa virtud de adecuarse a mi presupuesto.

Me senté en la bañera, abrí el grifo… y me quedé dormido.

Solo me despertó cuatro horas después, ya que él también había sucumbido a una noche en vela, y cuatrocientos kilómetros de desierto.

No quise ni pensar en la factura de agua que tendría que pagar el dueño del hotel. Sólo confiaba en no estar alojado allí cuando el banco se lo notificase.

Solo no pasó por la ducha.. Ni siquiera hizo oídos a mis alusiones: primero de que se refrescara, después de que era higiénico y en tercer lugar de que olía a «perfume abstracto».

—Vamos a buscar a Dyson —decía como letanía a cada una de mis protestas.

Así que me arrastró hacia la calle sin más excusas.

Fueron tres días de peregrinaje intenso: hoteles, moteles, compañías de taxi, pensiones, alojamientos de «Bed and Breakfast»… nadie parecía saber nada de Dyson.

Fue al tercer día cuando tuvimos la primera pista: mientras estábamos cenando en una hamburguesería todos los ojos de la gente que había allí se quedaron prendados de la TV.

—¡Chico! Eso es una batalla campal.. —Dijo uno de los televidentes.

Y lo estaba siendo.

CAPÍTULO IV

Según me comunicó el tipo que estaba sentado en el taburete de mi derecha estaban televisando en directo el combate de rugby entre los Chicago Stompers y los Couragcous Hearts of Phoenix, la final de la Copa, y el partido no estaba siendo particularmente brillante.

El verdadero *show* estaba transcurriendo en las gradas, de las que las cámaras de TV no se apartaban ni un solo instante.

Aquello no era una batalla campal, era una guerra en toda regla.

El locutor, acostumbrado a jalear los golpes de los jugadores de rugby, se dejaba arrastrar por el hábito y animaba a los contendientes de las granas.

Un tipo con una camiseta con barras y estrellas parecía llevar la voz cantante: con un impresionante bate de béisbol procedía a desalojar los asientos que se interponían en su camino, en un claro intento de llegar a una zona ocupada por gente de color.

Tras él, como si se tratase de un nuevo general Custer, una abigarrada multitud de espectadores, armados con todo lo que habían encontrado, estaban protagonizando una incursión en territorio enemigo.

Cascos de botella, bates de béisbol, postes de alambradas, respaldos de sillas, cadenas, navajas, y me había parecido ver alguna pistola, formaban el arsenal de los atacantes.

Los defensores, que también habían arrancado las vallas metálicas que rodeaban el campo de juego, habían utilizado la tela metálica como una gigantesca red de pesca, y estaban intentando rodear a los atacantes y lanzarlos por las gradas hacia abajo.

Los policías que estaban situados en los arcenes del terreno de juego, habían sacado sus porras de más de un metro y procedían a cargar contra los contendientes que, una vez encontrado un nuevo

enemigo, se dedicaban también a aporrearse con la policía.

La voz del locutor estaba diciendo en aquellos momentos:

—Es lo nunca visto, señoras y señores, la violencia ha estallado en las gradas de una forma sorpresiva, inesperada y está adquiriendo unos tintes sangrientos que…

Mientras decía esto una caja craneana se quebraba de resultas de un tremendo golpe de bate de béisbol, que se alzaba nuevamente hacia el cielo, manchado de sangre, para volver a caer en busca de presa.

Solo se limitó a apoyar una mano en mi brazo, mientras me decía:

—¿Tú crees que…?

No hacía falta que terminara la pregunta. Yo podía adivinar perfectamente en qué estaba pensando.

El camarero nos informó del hospital al que estaban llevando a los heridos, y salimos para allí sin más dilación y sin más preguntas.

Nos quedamos en el túnel de recepción de ambulancias, un sitio poblado de familiares de gentes internadas con urgencia, que paseaban nerviosamente.

Ante nuestros ojos pasaban las camillas portadoras de los resultados de los vandálicos actos, pero nuestros oídos estaban atentos a las frases que los camilleros y policías cruzaban entre sí, como intentando convencerse de lo que habían visto.

—Parecían zombies: aquellos ojos tan fijos, tan persistentes…

—Era como si les dominara un odio inagotable: cuando se fijaban en alguien, lo seguían y perseguían como perros, sin importarles la gente que se cruzaba entre ellos, o los golpes que recibían…

—Nunca he visto nada igual… y eso que he sido Boina Verde en Vietnam… —murmuraba un viejo camillero.

Una hora y media después, dejaron de llegar los heridos del Estadio.

Solo y yo permanecimos allí. Dentro de un rato podríamos comprobar si estábamos sobre la pista cierta, mientras tanto, yo aprovechaba para charlar con familiares de los pacientes, alguno de los cuales habían estado en el lugar de los hechos.

—Creo que tendrían que prohibir las bebidas alcohólicas dentro de los estadios deportivos —comencé a decirle a un chico de veinte

años que pascaba nerviosamente.

Me miró como se mira a los viejos que cuentan batallas.

—Tanto mi hermano como yo somos abstemios. El, en el estadio, sólo había bebido una naranjada… ¡Y no quiera ver cómo se puso!

—¿Cómo se puso? —pregunté sorprendido.

—¡Como un loco! Fue de los primeros en lanzarse a repartir puñetazos y golpes.

—¿Por qué? ¿Qué decía?

—De todo: insultaba a los negros, al árbitro, a los forasteros.

Cuando apareció una enfermera se acabó la conversación. Todos los que estábamos en la sala, nos dirigimos hacia ella esperando que nos diera noticias de los heridos.

Se limitó a preguntar por los familiares de uno de ellos, y parecía ser que no había ninguno. Repitió el nombre por tres veces sin que nadie, entre las tres docenas de personas, diera señal de conocerle.

Estaba muy claro que no iba a leer un comunicado del hospital.

Estaba muy claro que quería comunicar «algo» que le sucedía al paciente.

Estaba muy claro que yo había ido allí, a enterarme de todo lo que pudiera.

Así que levanté la mano.

¡Claro!

—Yo…, bueno… creo que su hermano no está aquí… antes lo he visto, soy vecino.

No necesité aclarar si era vecino de Tucson o de Miami Beach, o del herido; la enfermera me tomó por el brazo y me hizo acompañarle al otro lado de la puerta.

Un doctor estaba esperándome y se acercó a mí, con ese aire de Dios-todo-protector que utilizan los médicos para decirte que te espera lo peor.

—Ha surgido un pequeño problema… —comenzó a decir mientras se miraba entretenidamente las uñas. Según parece existe alguna lesión interior ya que comienza a tener problemas en el sistema respiratorio, acompañados de alteraciones en la circulación sanguínea, produciéndose algunas congestiones en vasos y capilares.

Son capaces de decir dos páginas de palabras raras sin siquiera pestañear. Lo que no sé es si las dicen bien, porque la mitad de ellas no las conozco.

En resumen: aquel matasanos me estaba contando que el herido-agresor en el estado de rugby, comenzaba a tener los mismos síntomas que Missil de Arkansas.

Me las apañé para sonsacarle sobre el resto de los heridos: según parecía, sólo otro de ellos tenía esos síntomas. Y debía de tratarse del hermano del que había estado conmigo.

Era justo lo que yo había esperado, los primeros heridos en venir al hospital eran los «atacados» en el campo. El grueso de los «atacantes» los irían trayendo poco a poco, desde comisaría, conforme entrasen en la crisis respiratoria.

Me excusé ante el médico, pretextando que iba a llamar a casa del herido, y salí de la zona del quirófano.

Solo estaba allí esperándome. Hablaba con varias personas y cuando me vio entrar, me lanzó una mirada interrogadora, alzando ambas cejas.

Asentí sin decir ni una palabra.

Después, me fui a una cabina telefónica, busqué el nombre del herido, del cual había dicho que era su vecino, y llamé por teléfono.

Me contestó una chica a la que puse en antecedentes de lo que estaba pasando. Resultó ser su mujer, que antes de preguntar sobre el estado del paciente, largó una interminable disertación sobre los muchos defectos de su marido: que la abandonaba para irse al estadio cada domingo, que se trataba de un egoísta que nunca quería acompañarla con el coche al supermercado… Sólo le falló preguntarme cuánto se tarda en cobrar un seguro de vida.

Yo decidí que lo mejor sería salir de allí.

Acudí al *hall* en busca de Solo y emprendimos la marcha hacia nuestro hotel.

Comenzaba a atardecer, una suave brisa apaciguaba el calor reinante y apetecía pasear entre las bonitas villas ajardinadas que pueblan Phoenix.

Además teníamos que hablar.

—No cabe duda de que ese tipo ha metido mano en lo que ha sucedido hoy —dijo Solo cuando le conté lo que me había explicado el médico—.

Pero… ¿cómo vamos a hacer para localizarlo?

Era justo la pregunta que yo había intentado explicarle desde antes de abandonar Las Vegas.

—No lo sé. Ya veremos cuánta gente hay afectada por la droga. Después de saberlo tendremos que hablar con sus familiares y amigos, intentar averiguar dónde han podido tomar la droga.

—Eso va a ser muy difícil.

—Y muy trabajoso, pero es la única solución. Si, según dices tú, el doctor Dyson ha permanecido casi un mes junto a Missil, lo de hoy no ha estado preparándolo durante mucho tiempo. Ha tenido que ser un golpe rápido, sin preparar, espontáneo.

Lo que más me consumía de todo aquello, era el hecho de tener que esperar al día siguiente, saber quiénes eran los muertos, abordar a sus familias… ¡Era demasiado tiempo desperdiciado! Mientras tanto, el Dr. Dyson podía estar alejándose a muchas millas de Phoenix…

Se lo expliqué a Solo.

—Si te parece mejor, nos acercamos a comisaría.

—No nos dejarán entrar —le corté antes de que siguiera soñando.

Se paró mirándome ofendido como si le hubiera anunciado mi afiliación al Ku-Klux-Klan.

—Todos los policías de este país son seguidores del boxeo. Y muchos aún recuerdan a Lawrence Solomon Ellington.

—Está bien. No se pierde nada con probar.

Taxi, caótica circulación y comisaría central, todo en veinticinco minutos.

Gentes en la puerta esperando saber noticias de los detenidos, periodistas a la caza de alguna foto morbosa, o alguna información que los permitiese poner un titular sensacionalista en portada…y palmadas, palmadas en la espalda de Solo.

—Creo que tengo aquí un amigo —comenzaba a decir a la vez que daba el nombre del herido del hospital.

—No me suena —le contestó el policía—. Pero pasa, pasa, seguro que el detective Holder quiere saludarte.

—Viene conmigo —añadió Solo señalándome con el pulgar como si eso fuese un pasaporte oficial.

La barrera de policías uniformados se abrió dejándome pasar,

como Moisés atravesando el Mar Rojo.

El detective Holder era lo más parecido que he visto en mi vida a una morsa polar: hasta el torrente de sudor que manaba de su frente y desbordaba ampliamente las cejas, contribuía a darle ese aspecto húmedo de las morsas cuando emergen del agua entre los icebergs.

El bigote le daba un aire fiero, que se acrecentaba al observar sus poderosos brazos y manos: es decir, era un tipo capaz de infligir «malos tratos» a un detenido, sólo con una mirada.

Pero con Solo y conmigo fue completamente diferente: nosotros éramos «amigos», Solo era famoso (o lo había sido) y él era amigo nuestro.

Como muestra de esto, me enseñó una foto que tenía en el despacho en la que se veía junto a Solo después de ganar un combate.

La foto sólo demostraba que en el estado en que se hallaba Solo le podían haber puesto a su lado un poste de telégrafos y hubiera sonreído igual a la cámara de fotos.

Pero lo cierto es que el detective Holder consideraba aquel momento como uno de los hitos de su vida y, nada más decir Solo que quería hablar con algunos de los detenidos, todo fueron facilidades.

Nos condujeron hasta los calabozos y nos franquearon todas las puertas y cancelas que solicitamos.

Tanto Solo como yo íbamos preocupándonos de dos cosas: preguntar a los «furiosos» si conocían y alguien con la descripción del Dr. Dyson, y examinar meticulosamente la respiración de los detenidos para ver en cuántos de ellos detectábamos síntomas de la droga.

De entre los últimos calculamos que habría no más de una docena, y congregamos sobre ellos nuestras preguntas.

La rabia parecía no existir entre ellos. Aquellos ojos que había visto por vez primera en Missil, y que tanto me habían impresionado, ya habían desaparecido, y en su rostro comenzaba a dibujarse una expresión de miedo, al sentir que sus pulmones no recibían lodo el oxígeno que necesitaban.

Describimos a Dyson confiando en que alguien lo recordaría. Hubo respuestas para todos los gustos:

—Yo no me trato con maricones.

—Tipos así, veo un par de docenas al día.

—Yo iba borracho desde que salí de mi casa.

No nos aclararon nada, así que salimos de la comisaría exactamente igual que habíamos entrado. Bueno, exactamente igual no. Llevábamos cada uno varios litros de cerveza en el cuerpo.

Llegamos a nuestro pequeño hotel después de las doce. El conserje nos comunicó que habían estado telefoneándonos preguntando por nosotros cada media hora, que no había dejado recado y que no había dicho el nombre.

Así que nos dirigimos a nuestra habitación y nos tumbamos sobre la cama a dormir los litros de cerveza.

No bien habíamos alcanzado el sueño, sonó el teléfono.

—¿Señor James? Perdone que no me presente, pero podría resultarme muy problemático si llegara a saberse. Sé que han estado preguntando por un hombre rubio, alto, con bigote. ¡Creo que sé de quién se trata!

Me desperté de sopetón al oír aquello, como si ya hubiera expulsado toda la cerveza de mi cuerpo.

—¿Dónde lo vio?

—A la entrada del estadio. Se trataba de un vendedor de refrescos. Casi todas las personas que comenzaron la pelea habían bebido naranjada de ese vendedor. Pero aquí, en comisaría, parece que nadie desea darse cuenta de eso… Bueno… no puedo hablar mucho más. Sólo les diré que le oí comentar que se dirigía hacia Santa Fe, al Rodeo, al festival anual que allí se celebra. Según parece, en verano recorre todo el Sur, ganando algún dinero vendiendo refrescos en los acontecimientos deportivos… ¡click!

Se había cortado la llamada. Palmeé varias veces el interruptor del teléfono hasta que el conserje, con una voz bastante indignada, me preguntó si es que se quemaba mi cubre cama.

Me disculpé, colgué y desperté a Solo.

Le conté lodo lo que me había dicho y le animé a ducharse y salir corriendo hacia Santa Fe.

Me miró con los mismos ojos que miraban los «pacientes» de Dyson y dijo:

—Estás loco, muchacho. Necesito «dormir la mona». Mañana será otro día.

CAPÍTULO V

No dormí en toda la noche.

En primer lugar por el nerviosismo que me había proporcionado nuestro anónimo comunicante telefónico, y en segundo lugar porque los ronquidos de Solo estaban a punto de perforarme los tímpanos.

Así que, a las seis de la mañana, agité a mi compañero, como si se tratase de una cocktelera, lo arrastré bajo la ducha, lo obligué a vestirse, desayunar, y embutirse dentro del coche, todo en unos diez minutos escasos. Antes de largarnos me informé del Festival de Rodeo. ¡Teníamos el tiempo justo para llegar antes de que empezara!

Marchar desde Phoenix hasta Santa Fe es una de las cosas que se pueden recomendar a alguien que sea friolero. Después de este *Tour* lo más posible es que se vaya a vivir a Alaska y se niegue en redondo a abandonar este estado.

Son casi trescientos kilómetros hacia el norte, hasta llegar a Flagstaff, en el corazón de la meseta del Colorado, y después empieza lo peor: casi mil kilómetros, mil interminables kilómetros bajo un sol avasallador, hasta llegar a Santa Fe.

Pero no adelantemos acontecimientos. Entre Flagstaff y Santa Fe hay un montón de poblaciones. Todas llenas de carteles recordándonos el Festival de Rodeo de Santa Fe, recordándonos las vidas que podíamos salvar, si corríamos lo suficiente.

Recorrimos Flagstaff, Winslow, Flolbrook hasta llegar a Lupto, la frontera entre Arizona, que dejábamos atrás, y Nuevo México, que nos esperaba con sus calurosos brazos abiertos para darnos una bienvenida ardiente.

Nuevo México es un estado a medias entre dos culturas, la

española visible en las iglesias y la construcción diseminada a lo largo de la carretera, y la cultura india. En nuestra marcha hacia Santa Fe, teníamos que recorrer dos reservas indias: la Acoma Indian Reservation y la Laguna Indian Reservation.

Sin olvidar Gallup, un pueblo de veinte mil habitantes donde, a mediados de agosto, se concentran las tribus indias de todo el sur de los Estados Unidos, para celebrar el Intertribial Indian Ceremony, el más fastuoso y majestuoso Festival Folklórico de los Indios: ventas de objetos de artesanía, rodeos, lucha, baile… ¡Los descendientes de los más bravos guerreros en pugna por un titulo!

Solo fue el primero en ver el cartel anunciando el Festival Indio. Yo iba conduciendo y él, silenciosamente a mi lado, se limitaba a observar el paisaje.

Señaló el cartel con un dedo.

—¿Te imaginas lo que puede pasar, si nuestro amigo Dyson viene aquí con sus gaseosas y naranjadas?

—No quiero imaginármelo —le respondí.

Pero lo cierto era que no podía evitarlo: las tribus indias peleándose entre sí y, después, al descubrir que habían sido drogados descargando su ira sobre el resto de la nación. ¡Bastantes golpes llevaban sobre sí los Indios, como para encajar éste en su Ceremonia Sagrada!

Como si se tratase de una película, por mi imaginación desfilaron las imágenes de los bravos navajos, sioux, apaches, mescaleros… en sus poderosos Range Rover, con fusiles de repetición y mira telescópica, avanzando sobre las ciudades.

—Tenemos que detener antes de Dyson —dije apretando los dientes—. Estoy completamente seguro de que éste es uno de los puntos previstos en su Gira de la Muerte… ¡Tenemos que atraparlo!

Casi inconscientemente mi pie presionó con más fuerza sobre el acelerador, intentando que el coche consumiera kilómetros a mucha más velocidad.

No hablamos durante un buen rato. El acuerdo que habíamos establecido consistía en que cada dos horas haríamos una parada, tomaríamos algo y cambiaríamos de chófer.

Consulté el reloj.

—En el siguiente pueblo, paramos y cambiamos —le dije a Solo.

—Tengo sed. Me vendrá bien una cerveza —dijo por toda

respuesta.

Y, casi antes de que hubiera terminado la frase, una sombra me adelantó por la izquierda.

Cuando se colocó delante de mí, pude ver que se trataba de un Ángel del Infierno, un tipo de pelo largo, gafas de sol, con camisa de tejido de *jean*, al que le había arrancado las mangas, que galopaba a lomos de una moto capaz de volar: una «Chopper» de alto manillar, completamente llena de embellecedores plateados y de luces, algo más parecido a un altar de iglesia barroca, que a un ingenio mecánico de dos ruedas.

Cuatro tipos más nos adelantaron, por la derecha y por la izquierda, muy pegados al coche, como si estuvieran completamente seguros de que yo no iba a desviarme ni un solo milímetro de mi trayectoria.

—¿Qué hacen aquí estos buitres? —preguntó Solo—. Yo creía que siempre se movían por California, donde hay turistas a los que asustar.

Yo no soy un turista, pero la presencia de aquellos tipos no me tranquilizaba en nada.

Sus motos eran aviones al lado de nuestro vehículo, varios de ellos llevaban unos sospechosos bultos en sus bolsillos, unos bultos en forma de L, con la base mucho más gruesa que el resto. Unos bultos en forma de pistola de grueso calibre.

Como si hubiera leído mis pensamientos, uno de los Ángeles, el que montaba en una Kawasaki, que más que centímetros cúbicos, debería de tener metros cúbicos de potencia, se separó ligeramente de sus compañeros, dejando que le alcanzáramos y nos pusiéramos a su altura.

Giró su cabeza hacia nosotros, sonrió como lo haría el diablo, escupió sobre el morro de nuestro vehículo, separó la mano izquierda del manillar y nos señaló con dos dedos: el índice y el meñique.

—Tranquilo, Solo. ¡No les hagas caso! ¡Seguro que van buscando pelea, y no podemos perder nuestro precioso tiempo en machacar a esos niñatos!

El tipo aquel, dio un ligero toque a su acelerador y se perdió hacia el horizonte, como si nosotros estuviéramos fieramente clavados al suelo.

—No estaba pensando en aceptar su provocación… —comenzó a decir Solo—. Sino en que esas motos son más rápidas que nuestro vehículo.

Me pareció entender que Solo sentía ganas de pelea, así que añadí:

—Ni te imaginas que yo voy a abandonar nuestro techo y sentarme en uno de esos «trastos» sin una protección para el sol.

Seguí conduciendo durante un buen rato, ya que en aquel tramo parecía no haber ningún pueblo en el que detenerme a estirar las piernas y refrescarse un poco con una cerveza.

Por fin, los indicadores señalaron uno: Aguas Calientes. Cien habitantes.

Espero que el nombre del pueblo no sea un homenaje a su bebida local.

Tres kilómetros más allá, y tras una pequeña montañita rocosa, apareció el pueblo: no más de dos docenas de casas de madera, con una iglesia de piedra en medio, una gasolinera a la entrada y ningún habitante en sus polvorientas calles.

—¿Crees que se trata de un pueblo fantasma? —me preguntó Solo cuando detuve el coche ante el pequeño bar de la localidad y nadie salió a curiosear.

Apagué el motor del cuché y descendí, mientras Solo lo hacía por la otra puerta. Me estiré mirando hacia el suelo, poique no me sentía con ganas de encararme al sol. Mientras miraba un cartel anunciador del Rodeo de Santa Fe vi una sombra que se me acercaba.

Le hablé sin prestarle atención.

—Llene el depósito mientras nos tomamos unas…

—Mientras os tomáis unas… ¿Qué?

Era el tipo del escupitajo en el coche. Ahora, de pie, ante nosotros, y sin la moto entre las piernas, parecía menos grandioso que la vez anterior. Pero la impresionante «Magnum» que llevaba en la mano derecha le daba un aspecto inquietante.

Antes de que contestara, sus cinco compañeros aparecieron sobre sus motos rodeándonos.

—Mi amigo ha sido campeón de boxeo. Y, cuando era pequeñín, yo siempre le ganaba en las peleas… —dije intentando intimidarlos.

Solo comenzó a golpear su puño derecho contra la palma de su

mano izquierda, produciendo una música muy agradable, que llegaba a mis oídos con más nitidez que el apagado ronroneo de las motos.

—Yo, cuando era pequeño… —comenzó a decir el Ángel de la «Magnum»—…no tenía tiempo para liarme a puñetazos: estaba aprendiendo a usar la pistola.

Como respuesta, en el guión de una película, estaba muy bien. Pero dicha con una pistola en la mano, en medio del desierto de Nuevo México, no me entraron ganas de aplaudir.

A partir de aquel momento, todo sucedió muy rápidamente:

—¡Corre hacia el coche! —Me grito Solo mientras lanzaba su puño contra el rostro del chico de la «Magnum».

La pistola voló por los aires.

La cabeza casi giró ciento ochenta grados.

Las gafas salieron disparadas.

Y yo pude ver unos ojos inconfundibles: los mismos que había visto en Missil y en la gente del estadio de rugby en Phoenix.

—¡Cuidado, Solo! ¡Estos chicos están bajo tratamiento del doctor Dyson! —le grité mientras entraba en el coche y lo ponía en marcha.

Casi a la vez que mi coche, todas las motos aceleraron: un estruendo de motores llenó las vacías calles de Aguas Calientes.

Y Solo comenzó a correr hacia el otro lado de la calle.

Me hubiera gustado saber qué pretendía, pero no era el momento de preguntárselo: una moto venía lanzada hacia mí, así que giré el volante al máximo, aceleré, y me aparté de su recorrido.

Aquellos bestias gritaron como sioux hidrofóbicos.

Lo primero que necesitaba era coger velocidad, de modo que enfilé la calle mayor, a la vez que apretaba a fondo el acelerador.

Un par de tiros sonaron a mis espaldas. No sabía si iban dirigidos a mí, o a Solo.

Uno de los tipos se puso a la altura de mi ventanilla. Sonreía con el rostro de un enfermo. Y con la pistola de un loco, me apuntaba a la cara.

Quité el pestillo de la puerta con el codo, y con mi pierna izquierda pateé la puerta con fuerza, abriéndola bruscamente.

El tipo aquel le disparó al sol, hizo un par de eses y fue a estrellarse contra una de las casas.

Se quedó allí, inmóvil sobre el suelo, como un menú para las moscas de la zona.

Giré en redondo, haciendo chirriar los neumáticos del coche. Y enfilé nuevamente la calle.

Las cuatro motos restantes se habían situado en medio de ella, como intentando cerrarme el paso.

Sabía que no serían tan idiotas como para llevar aquel acto a sus últimas consecuencias: seguramente que antes de llegar a donde estaban se apartarían, me rodearían y me dispararían desde todas partes.

Así que me fijé en el que había más a la derecha y cuando estaba a quince metros de ellos, lo enfilé directamente.

Vi su cara de sorpresa, primero. De susto, después. De terror cuando vio que yo no me desviaba de mi recorrido.

Aceleró, justo un par de segundos antes de que lo embistiera, apartándose de mi camino.

Yo di un volantazo y lo perseguí.

Pero era difícil atraparlo: aquellas motos tenían más agilidad que mi coche, y corrían más.

Como un enjambre de abejas, los cuatro tipos cayeron sobre mí, rodeándome.

Frené en seco. Di un pesado ¡CHOOOTT! a mis espaldas, y uno de los tipos me adelantó, sin moto, por el techo del coche.

Cuando cayó delante mío, no hizo falta que acelerase, para que se estuviera quieto sobre el suelo.

Nuevamente oí un disparo e, instintivamente, me arrebujé en mi asiento.

Pero en aquella ocasión yo no era el destinatario de la bala. Solo se había apoderado de la pistola del primer «Ángel del Infierno», y acababa de abatir a otro de aquellos locos.

Entonces, una mano abrió la puerta de mi coche, un brazo se apoderó de mi cuello, lo agarro firmemente e hizo salir al resto de mi cuerpo del vehículo.

Algo me golpeo en la cabeza.

Durante una décima de segundo sentí que me iba a desmayar, que se había hecho de noche y todo el cielo estaba poblado de estrellas y que como si fuera una pesadilla, una moto venía hacia mí a dos mil por hora.

¡Una moto!

Abrí los ojos justo a tiempo de ver a una Yamaha a punto de devorarme.

Retrocedí un paso con el pie izquierdo, flexioné la rodilla derecha y, cuando la moto pasó ante m, la extendí.

Le alcanzó en el depósito de gasolina, y el impacto fue suficiente para arrojarla al suelo con su conductor.

Pero unos metros detrás venía otra.

El Ángel estaba haciendo una brillante exhibición del trabajo que su dentista había hecho en él: sonreía como un tigre.

Esta vez me pensó lo que iba a hacer.

Fue muy parecido a lo anterior, sólo que en vez de golpear a bulto, hice puntería en su barbilla. Y lo alcancé.

Quedó suspendido en el aire durante unos segundos, como en las películas de dibujos animados, antes de caer violentamente al suelo.

En el aire, se llevó las manos al cuello.

En el suelo, no. Se quedó tendido sin un solo movimiento.

Solo se había hecho cargo del resto de la pandilla y acudió en mi ayuda.

—¿Estás bien? —me preguntó.

Yo no le contestó. Estaba mirando fijamente a un letrero que había en la pared situada frente a mí.

—¿Te pasa algo? —Insistió Solo zarandeándome—. ¡Habla! ¿Qué te ocurre?

Señalé, primero al cartel, y luego a mi reloj

—Tenemos dos horas para llegar a Santa Fe, antes que comience el Festival de Rodeo.

No hizo falta que le dijera lo que estaba pensando. Solo se dirigió hacia la moto que había más cerca, la puso en pie y probó el encendido de su motor.

—Funciona —me dijo mientras yo recogía nuestras escasas pertenencias del coche.

Casi antes de que hubiera terminado de hablar yo, ya me había sentado en el asiento trasero a la vez que le decía:

—Chófer… ¡A Santa Fe!

Un tipo salió de la gasolinera.

—Perdonen que no hayamos intervenido, pero esos tipos nos tienen atemorizados…

No sé qué más explicaría, porque no nos quedamos a escucharle.

Faltaban casi cuatrocientos kilómetros hasta nuestro destino.

Cuatrocientos kilómetros llenos de pueblos, pueblecitos, aldeas…

Pero no recuerdo ni uno solo de sus nombres. Durante todo el viaje no conseguí apartar mí vista de un punto del horizonte: el lugar donde, detrás de las montañas se hallaba Santa Fe.

Es una experiencia que sólo le recomiendo a los masoquistas del grado tercero: cuatrocientos kilómetros, por el desierto polvoriento, con el sol sentado en tus hombros y sin tiempo para tomar una cerveza.

Cuando llegamos a Santa Fe ambos parecíamos personajes extraídos de un cómic de terror. Nos hubiera podido llamar algo así como: los hombres-tierra, o los SUPERVIVIENTES DEL NEANDERTHAL.

Tanto nuestra cara como las ropas iban con un dedo de barro, mezcla de polvo y sudor.

Pero tampoco pretendíamos ganar ningún concurso de belleza, así que preguntamos por dónde se llegaba más rápido al Festival de Rodeo, y una vez nos lo indicaron, salimos a toda máquina hacia allí.

Tampoco hubiera hecho falta preguntarlo: toda la ciudad estaba en aquel momento pendiente del Festival. Grupos de vaqueros auténticos, y vaqueros profesionales de los rodeos, confluían hacia el gran estadio, ataviados con sus mejores galas y montando unos caballos que habían estado enjaezando y limpiando durante horas.

Si hubiera tenido tiempo y humor, me hubiera entretenido en elegir al personaje más hortera: camisas azul fosforescente con flecos dorados, sombreros téjanos con incrustaciones de bisutería, hasta había uno que se había colocado unas pequeñas bombillas de linterna en las punteras de sus botas que, a cada paso que daba, lanzaban unos destellos intermitentes.

Pero no había tiempo que perder. Solo avanzaba hacia el estadio sorteando vaqueros, indios, banderas sudistas, bandas de música y carruajes engalanados para la ocasión.

Llegamos frente al local con cinco minutos de tiempo. Todo estaba lleno de gente, personas que hacían cola para entrar, personas que hacían cola para sacar sus entradas, personas, y más

personas.

—No lo encontraremos nunca… —dijo Solo. Es como buscar una lentilla en un basurero.

—Déjame a mí. Siéntate tú detrás Me obedeció sin rechistar.

Volví a hacer rugir el motor y me lancé hacia la gente.

CAPÍTULO VI

Un par de horas antes había experimentado aquello: cuando avanzas sobre un vehículo hacia la multitud, nadie se queda para comprobar si eres capaz de embestirle.

Todos se apartaban. Todos.

Dimos dos vueltas al es .adió sin encontrar a Dyson.

—¡Esto es una trampa —protestaba Solo—. Nos ha hecho acudir aquí y él debe de estar en otro sitio… ¡Nos ha engañado!

Yo no le hacía caso, seguía rodeando a la multitud como si fuera un vaquero en medio del rebaño de vacas. Y éstas obedecían como si estuvieran entrenadas.

Lo único discordante eran los pitidos de la policía. Obviamente ni los que iban en coche, ni los motoristas, ni los de a caballo, se habían atrevido a lanzarse en nuestra persecución. Se limitaban a no dejarse arrollar por las multitudes oscilantes, tocando el pito y llamando a más policías.

En pocos minutos, todo el estadio estaba rodeado.

—Si no conseguimos atrapar a Dyson, nos va a ser difícil justificar este «numerito» —le dije a Solo.

—Te será difícil. Yo pienso decir que al verte me abracé a ti para intentar dominarte y reducirte.

Sonreí y añadí:

—Te será difícil explicar, cómo habiendo sido boxeador, no has podido conmigo.

No me contestó. Tampoco era el momento de estar estrujándose el cerebro para buscar respuestas ingeniosas, dado el berenjenal en el que estábamos metidos.

Dimos una vuelta más, con el corazón encogido, buscando entre la multitud de caras aterrorizadas, la de Dyson.

—Quizá esté dentro —dijo Solo tímidamente.

—No creo. Es muy difícil que un vendedor ambulante entre en el estadio. Generalmente estos servicios están contratados a una gran empresa, pero si quieres, podemos intentarlo.

—No me apetece mucho encerrarme en el estadio. Ahí dentro hay gente que ha salido huyendo de nuestras embestidas. Sólo de pensar que uno de esos puede tener una gaseosa de Dyson en las manos, se me pone la carne de gallina.

—Tienes razón… ¡Alliiiii!

Ante mí, un hombre vestido de blanco, con un gorrito de camarero del mismo color, y un carrito nevera, se esforzaba por esconderse entre la multitud.

Enfilé hacia él, mientras Solo me gritaba que no era Dyson.

No me importaba. Era rubio, alto, con bigote, y vendía unos refrescos en pequeñas botellas con corcho. ¡Refrescos caseros!

Cuando el tipo vio que avanzábamos hacia él, dejó de empujar el carrito y salió corriendo.

Arrancamos sobre una rueda por aquello de impresionar al público.

El tipo corría como un gamo, subiendo y bajando bordillos, saltando sobre céspedes, cruzando calles.

Habíamos salido de la aglomeración de gente, y un par de coches de policía se lanzaron tras de nosotros, haciendo sonar las sirenas.

Lo que sucedió a continuación fue algo que si lo hubiera visto filmado en una película, me hubiera negado a creérmelo.

Pero sucedió.

Alcanzamos al vendedor de refrescos. Solo lo atrapó y lo dejó *K.O.* de un certero puñetazo. Después se lo cargó al hombro mientras me gritaba:

—¡Acelera! ¡Ya es mío! ¡Espero que me digas qué vamos a hacer con él, porque no es Dyson!

Quizá era una huida hacia adelante, quizá me había agarrado a aquel sospechoso para no sentirme derrotado… ¡Pero respondía a las características de Dyson! ¡Parecía un doble del doctor!

Los dos coches de policía, conforme nos alejábamos del estadio, se iban acercando más a nosotros.

Cruzamos la calle y partimos contra dirección. Después otra

calle, también en sentido inverso.

En aquel momento aprendí que, si los coches siguen su recorrido sin asustarse, es muy fácil pasar entre ellos en dirección contraria. Igual que cuando los adelantas en sentido correcto. ¡Maravillas de las motos!

Después de abandonar el callejón y entrar en otra gran avenida, cruzamos un pequeño jardín, con un absoluto desprecio por las plantas. Unas escaleras de bajada, otro giro contra dirección, una loca acelerada a lo largo de una gran avenida… Y poco después nadie nos perseguía.

Fue cuestión de segundos que yo consiguiera abrir un portal y que, procurando no hacer ruido, subiéramos por las escaleras hasta el terrado.

Un candado no es problema para dos personas como Solo y yo.

Y unos segundos después estábamos dando unos cachetes al vendedor de refrescos, para que se despertase, unas bofetadas para que despabilase del todo, y finalmente, dos ganchos en el estómago para conseguir que nos contase algunas de las cosas en que teníamos interés.

Los tres objetivos se cumplieron.

Contó lo que sabía, que para él no tenía ninguna importancia, pero que a nosotros nos aclaró lodo.

—Fue un tipo el que me encargó este trabajo. Sí, era un tipo rubio alto, con bigote… me dijo que su mujer le hacía seguir por unos detectives, que él tenía una amiguita y que necesitaba unos días…

Estaba muy claro. Nosotros éramos los detectives. Y el amigo de la «amiguita», el Dr. Dyson.

—¿Qué más te encargó?

Al llegar a aquel punto el gaseosero se sonrojó.

—También me hizo que les llamara a ustedes al hotel de Phoenix.

—Y… ¿No te extrañó que los «detectives» te confundieran con ese tipo? No te imaginaste que ellos tendrían alguna foto, y que, aunque seáis parecidos, ellos no se confundirían.

El tipo aquel sonrió de oreja a oreja, y recuperó su color normal.

—No. Me dijo que ellos, ustedes, quiero decir, no le conocían, y que cualquier descripción que diera alguien de mí, encajaría con su

aspecto físico.

Entonces me acordé de un pueblo llamado Aguas Calientes.

—¿Qué me cuentas de los Ángeles del Infierno? ¿Conoces a alguno?

Volvió a sonrojarse. Aquel hombre parecía un semáforo rojo-ámbar.

—Sí, bueno… el tipo que me dio este trabajo, me dijo que cuando me siguieran hasta Santa Fe, que contratara a unos de esos tipos, que les ofreciera unos refrescos y algo de dinero a cambio de…

No hacía falta que siguiera con el resto. Sabíamos porque cosa habían cobrado aquellos asesinos.

—Una última pregunta… —comencé a decir.

—¿Por qué última? ¿Me van a dejar libre?

—Una última pregunta —repetí con tono amenazador—. ¿Dónde está ahora el individuo que te contrató?

—No lo sé. No me lo dijo. Lo único que me indicó fue que yo tenía que ir a Gallup, al *Intertribial Indian Ceremony*, después a Disneyland, ya…

—¿Te quedan muchas gaseosas? —le interrumpió Solo.

El gaseosero volvió a sonreír recuperando su color.

—¡Son un éxito! ¡Hasta hay personas que repiten! Sólo me quedan las que llevaba en el carrito… Por cierto, que no sé dónde pedir más..

Fue un golpe técnicamente perfecto, Solo lo dejó *K.O*. de un solo puñetazo.

Mientras lo depositábamos en el suelo en una postura cómoda nos miramos.

—¿Se te ocurre algo? —me preguntó.

—Ir a la policía.

—Creo que nos recibirán con los brazos abiertos. Pero más que escucharnos querrán preguntarnos sobre cierta moto, esta tarde…

Tenía razón. Comencé a improvisar un razonamiento en voz alta. No tenía ni idea de qué podíamos hacer, así que lo mejor era volver a recordar todo lo que sabíamos de Dyson, intentando encontrar alguna pista, algo, que nos dijera por cuál de los muchos túneles oscuros que había ante nosotros, teníamos que introducirnos para encontrar al doctor.

—Lo primero es que Dyson nos ha engañado. Ha contratado a un tipo que se le parece, nos ha ido poniendo cebos, obstáculos y trampas con la secreta intención de que siguiéramos a aquel tipo. ¿Por qué? Porque él, entretanto, se dirigía hacia otro sitio.

Solo me escuchaba, sin decir nada, limitándose a asentir con la cabeza. Después cogió un periódico que había en el bolsillo del vendedor de refrescos y comenzó a dar un vistazo a los titulares.

Yo no me molesté, a fin de cuentas estaba hablando para mí.

—El tenía algo muy, muy importante en las manos. Mucho más importante que la Final de Rugby, más que el Festival Nacional de Rodeo… ¿Qué puede ser eso tan importante? ¿Se te ocurre algo?

Solo negó con la cabeza, a la vez que pasaba la página del periódico, y en mi cabeza quedó grabada una palabra: papa.

—¿Qué es eso? —Pregunté a la vez que le arrebataba el periódico de las manos.

—¿Qué es qué?

No le contesté: en primera página y a tres columnas, el *Sume Fe Chronicle* informaba a sus lectores de que mañana, a las diez de la mañana aterrizaría en el aeropuerto Kennedy de New York, el papa de Roma, que se dirigía a las Naciones Unidas para pronunciar un discurso a favor de la Paz.

Mi compañero dio un prolongado silbido de medio minuto.

—¡El papa! —dijo Solo—. ¿Intentas decirme que este tipo pretende…?

Asentí con la cabeza.

—Sí. Si su intención es ir provocando catástrofes, no puede encontrar un sitio mejor. La comunidad irlandesa, la latinoamericana, la italiana… ¡Todos estarán allí para darle la bienvenida! Dice el periódico que realizará el trayecto a lo largo de la Quinta Avenida, como los astronautas cuando vuelven del espacio

—¡Será imposible localizar en todo el recorrido a un hombre que venda gaseosas! —dijo Solo con t listeza.

—Eso, suponiendo que elija la gaseosa como elemento difusor de su droga… ¡Lo único que podemos hacer es avisar a la policía de lo que sucede!

—Ya te he dicho antes que la policía…

—Esta no. Avisaremos a la de New York.

Comenzamos a bajar las escaleras de cuatro en cuatro, sin preocuparnos del ruido que estábamos haciendo.

La moto nos estaba esperando, tan llena de mugre como la habíamos dejado.

Saltamos rápidamente sobre ella y la pusimos en marcha. Yo me senté delante, mientras Solo se situaba a mis espaldas y me susurraba al oído: «Al aeropuerto».

Fue más fácil decirlo que hacerlo: no bien pisamos una de las principales avenidas de Santa Fe, nos dio la bienvenida una banda de música, en forma de sirenas de coches de policía.

—No te entretengas con ellos… —me dijo bromeando Solo—. No tenemos tiempo que perder.

Aceleré, pero parecía que todas las calles hubieran sido vaciadas de gente e inundadas de policía deseosa de cogernos. En todos los cruces sólo se veían vehículos policiales y ambulancias.

—Parece que están dispuestos a atraparnos vivos o muer tos —comento Solo al ver a uno de los vehículos blancos.

Un par de cuches venían tras de nosotros a toda velocidad, haciéndonos señas para que nos detuviéramos.

Digo haciéndonos señas, poique gracias a mis eses y recortes les estaba imposibilitando adelantarnos y colocarse ante nosotros.

Y entonces, comencé a ver cosas raras: al pasar junto a un jardín, me pareció escuchar un mugido. Después creí ver a un grupo de vaqueros a caballo, por la calle principal, disparando al aire. Y a un grupo de indios persiguiendo, cuchillo y tomahawk en mano, a unos policías.

La comprobación de que todo aquello era cierto, la tuve cuando, al entrar en la Thunder Avenue, me encontré con un rebaño de cornilargas vacas, que avanzaban hacia nosotros, en plena estampida.

—¡Las gaseosas! —Dije yo.

—¡El Rodeo! —dijo Solo, terminando el razonamiento.

No cabía otra explicación: las gaseosas de

Dyson habían hecho sus efectos en el público. No quería ni pensar en lo que había pasado dentro de un recinto. Me bastaba con ver los rebaños de ganado por las calles, para imaginármelo.

Bajo aquel descubrimiento, todas las cosas que habíamos visto tenían una explicación lógica.

—¿Por dónde se va al aeropuerto?

—No tengo ni idea —dijo Solo.

Me detuve junto a un coche de policía a preguntárselo.

Primero me saludaron llevándose dos dedos al gorrito, y después nos gritaron:

—¿Qué hacen aquí? ¿Están locos? ¿No saben que hay bandas furiosas sueltas por la ciudad, destrozándolo todo? Han soltado las reses, han arrasado la parte comercial…

—¿Podría decirme por dónde se va al…

La radio de su coche comenzó a hacer piiip. piiip, PIIP, piiip, y el policía me hizo un gesto imperioso para que me callara.

Obedecí a la vez que escuchaba una voz grave diciendo:

—Atención a todas las patrullas. Nos comunican que en la Thunder Avenue han sido vistos los dos tipos que comenzaron la pelea. Se trata de un hombre blanco, fuerte, y otro negro de las mismas características. Ambos van en una moto matrícula…

—Adiós. ¡Acabo de recordar el camino! —Le dije mientras arrancaba.

Y arranqué muy fuerte, más de lo normal, como si no llevara peso.

Volví la cabeza y vi como Solo se había apeado de la moto y corría hacia el coche de la policía, mientras me gritaba.

—Yo me encargo de éstos. Ocúpate del resto.

Obedecí, ganando metros, pisando el acelerador al máximo.

Cuando perdí de vista a Solo estaba rodeado de policías, que salían volando por el aire cuando recibían sus puñetazos.

«Ocúpate del resto», me había dicho. Como si el resto fuera lo menos importante.

Ya podía descartar el aeropuerto. ¡Seguro que allí había mucha policía esperándome!

Sólo me quedaba una posibilidad: agarrarme fuerte al manillar de la Kawasaki, darle un beso en el depósito de gasolina y rogarle que no me tallara en los dos mil ochocientos kilómetros que me separaban de New York.

Doce horas a ciento cincuenta kilómetros de promedio.

Con hambre, cansado, con sueño, nervioso y sin saber si allí, la policía querría creerse mi historia.

Consulté el reloj: eran las diez de la noche.

Tenía catorce horas para impedir el desastre.
Catorce horas y dos mil ochocientos kilómetros para mí solo.
Sin Solo.

CAPÍTULO VII

En línea recta eran dos mil ochocientos kilómetros, pero yo no contaba con que los ingenieros de caminos y puertos no suelen tomar estos «pequeños detalles» en consideración.

Siguiendo las carreteras eran bastantes kilómetros más, sin embargo, a las ocho de la mañana entraba en New York por el HoIIand Tunnel, y cinco minutos después estaba en una cabina de teléfono llamando a Zenna Davis,[1] una periodista del *New York Times*, especializada en política internacional.

La llamé a su casa.

—Indy, cariño… ¡Creía que me debías una cena, pero si vienes a desayunar, puedo llamar al periódico y decir que me encuentro traspuesta!

Ella y yo teníamos una cena pendiente desde hacía muchos años, una cena que nunca se llevaba a cabo y que, cada vez que le decía que «ahora no podía ser», ella montaba en cólera.

—Indispuesta te vas a encontrar si te quedas en la cama mientras sucede el mayor acontecimiento del año: New York, ante tus narices, y en tu terreno: política internacional —le contesté con sorna. Debió de saltar apresuradamente de la cama, porque el teléfono se llenó de un concierto de ruidos de cosas derribadas: algo parecido a un terremoto.

Le expliqué en pocas palabras lo que estaba imaginando. Si alguien era capaz de hacer que la policía de New York se creyera esa historia esa persona era Zenna Davis: si no la creían, era capaz de conseguir sacar al Presidente del aseo, para que diera las órdenes oportunas.

—Llámame dentro de cinco minutos. Para entonces va sabré algo y te diré dónde nos encontramos.

Ni siquiera se molestó en preguntarme si la había oído. Cuando Zenna se ponía en marcha era como el Séptimo de Caballería.

Mientras colgaba el auricular del teléfono de la cabina, mis ojos comenzaban a desconectarse de mi cuerpo y se empeñaban en cerrarse.

Tenía un sueño feroz, y ante la perspectiva ele quedarme media hora dormido en la cabina, me dediqué a dar vueltas en torno a ella, para impedir que nadie la ocupara.

A los cinco minutos volví a llamar.

—Escucha atentamente —me espetó nada más sonar un timbrazo—. La policía encargada ele la custodia del Papa son los del Precinto 57. He intentado hablar con ellos, pero están todos muy ocupados repasando planes, sacando brillo a sus chapas, etc., etc. Así que lo mejor es que acudamos allí. ¡Yo les convenceré!

—Si lo consigues, contrato Central Park y te invito a un picnic campestre.

—Me conformo con una cena. ¿Vas motorizado?

—Claro.

—Pasa a recogerme por mi casa. Te espero en el portal.

Bueno, si me dormía en algún momento, ya había conseguido que alguien tomara mi relevo.

Me senté sobre aquel montón de polvo que era mi moto y me dirigí a Lexington Av., al domicilio de Zenna.

Ni siquiera tuve que detener la moto. Saltó sobre el asiento trasero como un vaquero en un rodeo.

Recorrimos las avenidas de New York, como si fuésemos la Cabalgata del día de Acción de Gracias: con la mirada de todos los paseantes fija en nosotros: una moto de tierra, tripulada por un troglodita y con una mujer impresionante en la grupa.

Mientras tanto el reloj se empeñaba en avanzar muy rápido, demasiado rápido para el atasco que había en las calles de New York.

—¿Qué demonios pasa hoy con el tránsito? —pregunté.

—Hoy llega el Papa y han cortado unas cuantas calles. ¿No lo sabías? —me contestó socarronamente Zenna.

Le haría tragar su broma.

Salté sobre la acera y comencé a circular entre viandantes asustados, que se retiraban apresuradamente de nuestro camino,

con recuerdos a nuestros antepasados más directos.

No es un sistema muy habitual para circular por la ciudad, pero los neoyorquinos son la gente más lista del mundo y, en cuanto conseguí que Zenna gritase como una sirena, nos dejaron pasar con una sonrisa entre los labios, creyendo que se trataba de algún nuevo juego.

Llegamos a la comisaría sin ningún tropiezo.

Frené en seco y cogí a Zenna de la mano corriendo hacia la entrada. Varios coches estaban estacionando ante la puerta, esperando que bajasen los policías para llevarlos al aeropuerto.

Se trataba de un edificio viejo, de cuatro plantas, que, a juzgar por lo que se veía a través de sus ventanas, parecía una olla de caldo en ebullición: puro movimiento total.

Y entonces lo vi.

—¡Ese es Dyson!

Salía de la comisaría con un maletín en sus manos, y al oír mi grito se giró hacia nosotros.

Al verme, lanzó una maldición y corrió hacia uno de los coches.

—¡Vamos tras él! —me gritó Zenna cogiéndome del brazo y arrastrándome hacia la moto.

A pesar de que estaba muy dormido, había algo en mi cerebro que me estaba avisando de que allí había algo que no debía de hacer: seguir a Dyson.

Y entonces recordé que Solo me había hablado de que el doctor había trabajado para la policía.

¿Y si la droga la había repartido entre aquellos hombres armados encargados de custodia! al Papa?

Mientras Zenna estiraba de mí, se lo expliqué.

—¡Yo voy tías de Dyson! ¡Encárgate tú del resto! —me ordenó.

La verdad es que los «restos» de los que me encargaba me estaban resultando bastante incómodos.

¿Cómo se detiene a toda una comisaría de New York?

No tenía ni idea, pero estaba completamente decidido a conseguirlo.

Entré, enérgico, en el *hall*.

—¿Quién manda aquí? —Le pregunté al policía que había tras el mostrador, más ocupado en su chicle que en otra cosa.

—Creo que el teniente Byrnnes, pero hoy no estoy muy seguro.

—¿Qué quiere decir?

—Que con el asunto este del viaje del Papa, han venido aquí jefes de todo tipo: de la Policía Nacional, del Ayuntamiento, del F.B.L. Al único que no he visto es al jefe de la CIA.

—Bien. Quiero hablar con el teniente Byrnnes.

—No es muy buen momento. ¿Sabe? ¿Está un poco ocupado.

Aquel tipo era un gracioso, así que lo dejé con su chicle y corrí escaleras arriba.

Allí pregunté por el teniente. Dije que era funcionario del Ayuntamiento, y, a pesar de mi horrible aspecto de troglodita polvoriento, me indicaron una puerta, con cristales en los que se leía: TTE. BYrnes.

No fui muy educado en la forma de entrar, pero tampoco había ido allí a que me dieran un diploma de buenos modales. Abrí la puerta sin llamar y grité a pleno pulmón:

—¡Teniente! ¡Todos sus hombres, están drogados!

El teniente estaba tras su mesa hablando con un petimetre lleno de carpetas y fotocopias.

Los dos pusieron expresión de sorpresa.

Fue Byrnnes el primero en reaccionar.

Se acercó hacia mí, tendiéndome la mano.

—Claro que sí, muchacho. Todos son heroinómanos, y los reclutamos entre los más salvajes pandilleros del Bronx. Además hay alguno de ellos que se dedica al proxenetismo, o a la extorsión, hay quien trabaja en sus horas libres para la mafia…

Mientras me decía lodo esto, me tendió su mano derecha, me cogió la mía y, cuando la tuvo firmemente sujeta y estuvo seguro de que yo no iba a contestarle, me lanzó un gancho de izquierda capaz de noquear a un elefante.

Afortunadamente no soy un animal, así que caí al suelo, me incorporé, agarré al petimetre, le quité la pistola y apunté al teniente.

Cuando conseguí que permaneciera quieto, comencé a hablar.

—Escuche con atención. Llevo un montón de miles de kilómetros en el cuerpo, para atrapar al Dr. Dyson. El es el culpable del espectáculo de boxeo en Las Vegas, de los desórdenes en la final de Rugby en Phoenix, del desastre del Festival de Rodeo en Santa Fe… ¡Vengo siguiéndole desde Las Vegas! ¡Han arrestado a un

amigo y compañero mío; hace casi dos días que no duermo; estoy sin comer y quiero que me escuche!

—Está bien —dijo el teniente Byrnnes señalándome una silla que había ante su mesa—. Hablemos mientras Malcolm va a por un café y unos sándwiches.

—Si este tipo sale de esta habitación, lo hará con un agujero de bala en el cuerpo.

Malcolm, el petimetre de las carpetas, debía de tener mucho apego a su vida porque buscó la esquina más lejana de la puerta y se acurrucó allí, protegiéndose tras la gruesa trinchera de sus fotocopias y carpetas.

—Antes de que yo le cuente mi historia, descuelgue ese teléfono: diga a sus hombres que no salgan y llame a otra comisaría para que se encarguen de su servicio.

—¡Está usted loco! ¿Cree que puedo llamar a otro Precinto y decir: «Chico, que tengo un problema y no puedo ir, manda a tus hombres al aeropuerto. Esta noche te invito a unas copas y te lo cuento». No es tan fácil como usted…

—No ha puesto pegas a mi primera orden, así que: cúmplala. Yo le puedo contar mi historia en cinco minutos. No se retrasarán más de ese tiempo.

Pareció dudar unos segundos.

Después, descolgó el auricular y pidió por un oficial.

Mientras hablaba yo contenía la respiración, esperando que no tuviera la nefasta idea de decir que yo le estaba encañonando con una pistola.

No lo hizo. Se limitó a decir que había problemas, que nadie abandonase la comisaría hasta que él diera la orden, que cerrasen la puerta y que no le pasasen llamadas.

Le conté toda la historia desde la A hasta la Z.

Sus cejas fueron un extraordinario termómetro para saber si estaba creyendo lo que yo le contaba.

En algunos momentos parecía dispuesto a llamar a la Guardia Nacional y pedirles que acordonaran el edificio con sus hombres dentro, y en otros momentos, me miraba de arriba abajo despectivamente, dispuesto a pisotearme si hacía un solo movimiento en falso.

Terminé la historia y me quedé mirándole.

—¿Me cree?

—Sí. Tengo que hacer algunas comprobaciones, pero sí le creo.

Lo dijo demasiado rápido. Hasta yo mismo era consciente de que una historia así, tal y como yo la había contado, parecía más una novela barata, que una cosa que pueda ocurrirle a un hombre de la calle.

Entonces se abrió la puerta y entró un policía tan mal educado como yo: sin llamar.

—¡Teniente Byrnnes! Ahí abajo tenemos a una chica que trae preso al Dr. Dyson. Dice que tiene que hablar con usted. Se trata de una periodista de…

Entonces vio mi pistola.

Dio un salto atrás y salió corriendo por el pasillo, gritando:

—¡Han detenido al teniente! ¡Un hombre le está amenazando con una pistola! ¡Es un loco!

Me lancé hacia la puerta y grité:

—¡Si alguien se acerca, mataré al teniente!

No sabía cuál podía ser la reacción de Byrnnes así que, con un gesto de la artillería le indiqué que permaneciera quieto en su asiento.

Me acerqué a él y descolgué el teléfono.

Marqué el número del *New York Times.*

Cuando se puso la telefonista le comuniqué que yo era un loco peligroso que acababa de asaltar en solitario el Precinto 57.

Luego llamé a las cadenas de TV: la C.B.S., la A.B.C. y varias más. Y a las agencias de prensa internacionales, locales, marginales y nacionales. Y a las emisoras de radio, y a todo medio de comunicación que lucra capaz de enviar a un par de hombres con una máquina de hacer fotos, o. un micrófono.

En cinco minutos, y después de llamar al aeropuerto Kennedy y comprobar que la escolta del Papa no hacía acto de presencia, los periódicos y demás, comenzaron a enviar a sus periodistas.

Zenna Davis, entró en la habitación como un ciclón. Las reporteras de guerra, y Zenna lo era, están acostumbradas a solventar situaciones muy difíciles. El rostro del Di. Dyson era una muestra de ello: no debía de haber sido fácil reducirlo y traerlo hasta aquí, pero la chica lo había conseguido.

El teléfono sonó antes de que nadie empezara a hablar. El

teniente me preguntó con un gesto si podía contestarlo.

—Le dije que sí, y lo descolgó.

—Sí, soy yo… Tengo un problema que ahora no puedo explicarle… Sí, creo que bastante grave… mejor que envíe a otros policías… ¡Ya le llamaré yo!

Bueno, parecía que el teniente estaba decidido a no dejar salir sus hombres, pero no había pedido que acordonaran el edificio. Eso era señal de que no creía mi historia.

El primero en romper el silencio fue Dyson.

—¿Alguien puede explicarme quién es esta mujer?, ¿por qué me ha traído aquí, y por qué nadie hace nada por dejarme salir?

El teniente hizo un brillante resumen de mi charla, en pocos segundos.

Dyson sonrió y señaló el reloj. Después dijo:

—Según los cálculos de este mugriento, en estos momentos, sus hombres deberían de estar entregados a una orgía de violencia y destrucción… ¿Nota usted algo de esto? —Y sin esperar respuesta añadió—: ¡Yo me voy!

Me giré apuntándole con la pistola.

El teniente se giró hacia mí y me golpeó el antebrazo con un extraordinario golpe de karate.

Todos corrimos hacia la pistola, pero fue el teniente quien se apoderó de ella, y me encañonó a mí.

—Puede irse, Dr. Dyson —sentenció.

Después descolgó el teléfono y habló con el oficial al que había cursado sus órdenes, y dijo:

—Que abran las puertas, todo el mundo a sus servicios normales.

Desde la calle llegó el murmullo de los periodistas, las exclamaciones de los periodistas, los gritos de los periodistas… ¡los aullidos desgarrados de los periodistas!

Sin dejar de apuntarme, el teniente se acercó a la ventana y miró a la calle.

Dejó de encañonarme.

—¡Dios Santo! —dijo únicamente.

Todos corrimos a los cristales.

La violencia había estallado. Los policías estaban disolviendo a los periodistas con unos procedimientos que hacían recordar la

época de Hitler.

—¡Era verdad! —dijo el teniente antes de que la carpeta del petimetre se estrellara contra sus narices. También él había probado la droga de Dyson.

El teniente se deshizo de él de un solo golpe.

—¡Rápido! ¡Que alguien cierre la puerta! —gritó a los hombres que había en el pasillo.

Unos estaban drogados y otros no, pero en aquel maremágnum de golpes, porrazos y disparos, era muy difícil saber quién era quién.

Me lancé escaleras abajo, golpeando a todo lo que se me ponía delante.

Y, tres minutos después, la puerta estaba cerrada.

¡Bonita situación! Acababa de encerrarme con una jauría de policías borrachos de odio y sedientos de destrucción, avanzando hacia mí con una expresión nada tranquilizadora en sus ojos.

CAPÍTULO VIII

Cuando me desperté, descubrí que estaba en la habitación de un hospital. El calendario decía que habían pasado dos días desde que yo me había encerrado en el Precinto 57.

Si el yeso fuera nieve, podría decir que había nevado sobre lodo mi cuerpo: parecía una momia, todo lleno de escayola y vendajes.

Apreté el timbre y poco después apareció una enfermera.

—¿Sería tan amable de traerme los periódicos de ayer y de hoy?

Obedeció con la prontitud de una enfermera: 45 minutos.

Cuando los depositó sobre mi cama, tuve que hacer números de contorsionismo para pasar las páginas con las pocas partes que no tenía escayoladas.

Ningún periódico decía nada.

—¿Qué diablos pasaba?

Se abrió la puerta.

Entraron Zenna, un doctor y un tipo muy trajeado que daba vueltas a un sombrero y que no miraba a los ojos cuando hablaba.

—Te presento al señor Oxenbould —dijo Zenna, y añadió—: Del Pentágono.

Carraspeó antes de hablar mirando a la lámpara.

Después me explicó que afortunadamente y gracias a mí, se había conseguido evitar una catástrofe, pero que habían conseguido que la noticia no trascendiera a los medios de comunicación, va que la Seguridad del Estado aconsejaba que.. Bla, bla, bla.

El médico y él se largaron.

Zenna me miraba a los ojos, y yo a los de ella. Estaban a punto de inundarse de lágrimas.

Se encogió de hombros y dijo:

—Lo siento. Quería guardarte la exclusiva. Había pensada que tu

escribieras el artículo Pero no puede ser. Hay órdenes muy estrictas: del Departamento del Estado, del de Interior, del Pentágono, de la CIA, de la Presidencia… ¡Todos creen que esta noticia no debe saltar a la prensa!

Sonreí amargamente mientras ella seguía hablando.

—Dyson es hijo de uno de aquellos soldados que el Alto Mando expuso, en los años cincuenta, a la radiación provocada por una explosión atómica. Varios de ellos han muerto y sus familiares están pidiendo indemnizaciones al Pentágono. El «Caso Dyson» sólo serviría para añadir más leña al conflicto. Según parece, su padre murió y Dyson se perturbó a raíz de aquello.

Volví a sonreír amargamente.

Ella suspiró y siguió hablando:

—Han conseguido acallarlo todo: el ataque a los periodistas que rodeaban la comisaría 57, la muerte de la gente del Rodeo de Santa Fe, la historia de cómo Dyson puso su droga en los depósitos de agua de la comisaría… ¡Hasta el hecho de que el «Doctor» había conseguido un permiso del Pentágono para hacer un trabajo experimental de lanzamiento de misiles en caso de guerra! ¡Podía haber provocado la Tercera Guerra Mundial!

Zenna vio que yo no reaccionaba a su noticia, así que cambió de tema:

—El señor Oxenbould ha hablado con la policía de Phoenix: ya han soltado a Solo, he hablado con él por teléfono y me ha encargado que te de un fuerte abrazo de su parte. También he pasado por la terminal de TWA a recoger tus pertenencias. Te he traído esto, ya que he visto que lo estabas leyendo.

Y arrojó sobre mi cama la biografía de Nixon.

Era lo último que me faltaba aquel día: acababa de salvar al mundo y no me dejaban contarlo, ni siquiera podía hablar de las catástrofes que se habían producido. ¡Y, como final de mi aventura, me traían aquel libro maldito! ¿Nunca conseguiría perderlo?

Zenna me vio tan triste, que se inclinó sobre la cama y, tiernamente, acarició la escayola que cubría mi mano derecha, mientras me preguntaba:

—¿Sigue en pie esa invitación a cenar?

—Claro que sí. A fin de cuentas, no ha sido culpa tuya.

Sonrió feliz, avanzó sobre la cama, y me dio un beso de esos que

dejan hipnotizado.

Yo no tuve más remedio que colaborar con Zenna: en mi estado no estaba en condiciones de defenderme.

FIN



Los libros de esta colección estaban firmados con el seudónimo de Indiana James, pues se suponía que los escribía el personaje. Detrás de ese seudónimo, en algunos sitios de la Web dicen que se escondía Juan José Sarto, y es cierto, pero no es toda la verdad. Los libros estaban escritos, por así decirlo, a cuatro plumas. Sí, es extraño el caso, y pienso que es algo muy interesante pues no creo que se haya dado este caso en más ocasiones en el mundo del bolsilibro. Cuatro autores, con muchas tablas a sus espaldas, se escondían tras el seudónimo: Juan José Sarto, Francisco Pérez Navarro, Jaime Ribera y Andreu Martín.

Estos cuatro escritores, que ya venían del mundo de la historieta y del TBO, se lo pasaban en grande escribiendo estas locas aventuras. Según Francisco Pérez Navarro, se reunían, hacían una especie de lluvia de ideas, y luego uno redactaba la novela y otro la corregía, y así se iban turnando cada vez. Según me cuenta el propio Andreu Martín, en los comentarios a esta entrada, se reunían siempre en un bar llamado Esterri para idear las aventuras de nuestro querido Indiana James. Las historias enlazaban de un número al siguiente. Las dosis de humor nunca faltaban. En las historias, todo el mundo confundía

a Indiana James con «el de las películas», y él siempre tenía que explicar que no se llamaba Indiana por él, sino porque corrió las 500 millas de Indianápolis. Estos cuatro amigos, se llamaban a sí mismos los Narradores Asociados, y en los otros bolsilibros que publicaban, se ponían seudónimos que empezaban por
N y A,
para hacer honor a este grupo.

Fernando Guijarro, también escribió algunos números de Indiana James, aunque él lo hizo solo, debido a que los otros escritores estaban todos en Barcelona, pero él estaba en Granada. Los números que escribió él:

- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - Judy con esquís en los diamantes.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 36 - Esto no es el cine, chico.
- 37 - ¡Viva Siva!
- 38 - En el nombre de Alá, por zona caliente.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

La serie de Indiana James, se encuadraba dentro de la colección Grandes Aventuras, de Astri. Dicha colección constaba de 54 números, entre los que había 46 números de Indiana James. Jaume Ribera y los otros autores sólo escribieron hasta el número 34 de esta colección; por lo que sigue siendo un misterio quién o quiénes escribieron el resto de números de Indiana James. Hay 8 números que tienen otros protagonistas: Ranko, Cocodrilo *Dandy*, Aniquilator, Brigada Antivicio, Colores de Violencia y Los Intocables de Chicago. Estos bolsilibros con otros protagonistas de la Colección Grandes Aventuras de Astri, fueron escritos por Juan Gallardo Muñoz (Curtis Garland).

Listado de la colección:

- 1 - Hong Kong *rock*.
- 2 - El diente de perro.
- 3 - La maldición de los 1000 siglos.

- 4 - El panteón flotante.
- 5 - En busca de la prehistoria.
- 6 - El tesoro de Gardenfly.
- 7 - Ojo por diente.
- 8 - Locos de atacar.
- 9 - La amenaza invisible.
- 10 - El tren de carretera.
- 11 - Ayer, hoy y mañana.
- 12 - Razones de estado.
- 13 - Un autobús muy… espacial.
- 14 - El filo del aullido.
- 15 - Camelo-T.
- 16 - Séptimo hijo de séptimo hijo.
- 17 - Recuerde el arma dormida.
- 18 - Cosecha negra.
- 19 - Los hijos del átomo.
- 20 - Desafío a las estrellas.
- 21 - El viejo de la montaña.
- 22 - Electra es una cruel amante.
- 23 - Judy con esquís en los diamantes.
- 24 —*Rally* Beirut… ¡Muerte!
- 25 - Vacaciones, malditas vacaciones.
- 26 - Doble… o sencillo.
- 27 - La herencia de Rickenbauer.
- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - El despertar de la bestia.
- 30 —… Y los sueños, sueños son.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 34 - Aventurero o escritor.
- 35 - Kali no es Kali.
- 36 - Este no es el cine, chico.
- 37 - En el nombre de Ala, por zona caliente.
- 38 - ¡Viva Siva!
- 39 - El engendro.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

- 41 - Duende sobre aguas turbulentas.
- 42 - Las flores del mal.
- 43 - ¡Peste de pasta!
- 44 - Aniquilador.
- 45 - Los intocables de Chicago.
- 46 - Invierno en el infierno.
- 47 - ¡Ranko!
- 48 - Cuestión de principios.
- 49 - Risa de difuntos.
- 50 - Las mil y una dachas.
- 51 - Contra los dioses del odio.
- 52 - El Tesoro del sol naciente.
- 53 - Colores de violencia.
- 54 - Brigada antivicio.

Información extraida de: http://reinosdemiimaginacion.blogspot.com.es/

Notas

[1] «Hung Kong Rock». < <